

EDUCACIÓN HOY

AÑO 47 • ISSN: 0-120-8446

www.ciec.edu.co

220

EDICIÓN ESPECIAL CONMEMORATIVA 75 AÑOS

EL PACTO EDUCATIVO GLOBAL



75 AÑOS
7 de junio de 1945 - 7 junio 2020



AL SERVICIO DE LA ESCUELA CATÓLICA DE AMÉRICA

CONTENIDO

	EDITORIAL	2
1	VIDEOMENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA EL LANZAMIENTO DEL PACTO EDUCATIVO	4
2	DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES EN EL SEMINARIO SOBRE "EDUCACIÓN: EL PACTO MUNDIAL" ORGANIZADO POR LA PONTIFICIA ACADEMIA DE CIENCIAS SOCIALES	8
3	DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES EN LA ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA	14
4	PACTO EDUCATIVO GLOBAL INSTRUMENTUM LABORIS	20
5	DOCUMENTO SOBRE LA FRATERNIDAD HUMANA POR LA PAZ MUNDIAL Y LA CONVIVENCIA COMÚN	40
6	APORTES DE LA ESCUELA CATÓLICA DE AMÉRICA AL PACTO EDUCATIVO GLOBAL	50
7	MOMENTO EXTRAORDINARIO DE ORACIÓN EN TIEMPOS DE EPIDEMIA	58
8	MENSAJE URBI ET ORBI DEL SANTO PADRE FRANCISCO PASCUA 2020	64
9	LA PANDEMIA HACE MÁS URGENTE UN PACTO EDUCATIVO GLOBAL	70

REVISTA DE LA CONFEDERACIÓN INTERAMERICANA DE EDUCACIÓN CATÓLICA - CIEC

DIRECTOR Oscar Armando Pérez Sayago • **EDITOR** Oscar Armando Pérez Sayago

CONSEJO EDITORIAL Thomas Burnford (Estados Unidos), Trina Carmona (Venezuela), Hna. Antonieta García (Perú), Hno. Paulo Fossatti (Brasil), Hna. Neila Young (Panamá), Oscar Armando Pérez Sayago (Colombia).

EDICIÓN Departamento Editorial. Grupo Santillana Colombia.

Calle 147a # 50-92 PBX: (57) (1) 2450255 Bogotá D. C., Colombia

asistente@ciec.edu.co • secretariogeneral@ciec.edu.co • www.ciec.edu.co

RECONSTRUIR EL PACTO EDUCATIVO GLOBAL

Por OSCAR ARMANDO PÉREZ SAYAGO
Secretario General CIEC

Reconstruir el Pacto Educativo Global” para “reavivar el compromiso por y con las jóvenes generaciones, renovando la pasión por una educación más abierta e incluyente, capaz de la escucha paciente, del diálogo constructivo y de la mutua comprensión”.

El Papa se dirige a quienes trabajan en el campo educativo y de la investigación y a las personalidades públicas que a nivel mundial ocupan cargos de responsabilidad y se preocupan por el futuro de las nuevas generaciones” instándolos a “promover juntos y a impulsar, a través de un **pacto educativo** común, aquellas dinámicas que dan sentido a la historia y la transforman de modo positivo”.

La renovada invitación del Pontífice es a que se dialogue sobre el modo “en que estamos construyendo el futuro del planeta” conscientes de que “cada cambio requiere un camino

educativo que haga madurar una nueva solidaridad universal y una sociedad más acogedora”. “Hoy más que nunca, recuerda el Pontífice, es necesario unir los esfuerzos por una **alianza educativa** amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna”. Una alianza, explica Francisco, “entre los habitantes de la Tierra y la casa común, a la que debemos cuidado y respeto. Una alianza que suscite paz, justicia y acogida entre todos los pueblos de la familia humana, como también de diálogo entre las religiones”.

Francisco constata que el mundo actual está “en continua transformación y se encuentra atravesado por múltiples crisis”. Un “cambio de época”, en la que la educación afronta la **rapidación** “que encarcela la existencia en el vórtice de la velocidad tecnológica y digital,



cambiando continuamente los puntos de referencia”. Y en este contexto, continúa el Papa citando la Encíclica **Laudato si'**, “la identidad misma pierde consistencia y la estructura psicológica se desintegra ante una mutación incesante que contrasta la natural lentitud de la evolución biológica”.

“En una aldea así es más fácil encontrar la convergencia global para una educación que sea portadora de una alianza entre todos los componentes de la persona: entre el estudio y la vida; entre las generaciones; entre los docentes, los estudiantes, las familias y la sociedad civil con sus expresiones intelectuales, científicas, artísticas, deportivas, políticas, económicas y solidarias”.

La tragedia común de la pandemia, que une como nunca antes a todos los pueblos de la Tierra, hace que este llamamiento sea aún más

commemorativo. Por lo tanto, no hay una solución alternativa: todos estamos llamados a «unir los esfuerzos por una alianza educativa amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna (Papa Francisco, **Mensaje para el lanzamiento del Pacto Educativo**, 12 de septiembre de 2019).

Por este motivo y para prepararnos para **Reconstruir el Pacto Educativo Global** presentamos en esta edición todo el material de preparación para este gran acontecimiento. Al evocar este llamamiento lleno de esperanza, es motivo de alegría recordar que mantendremos el contacto a través de un momento telemático de profundización del Pacto Educativo Mundial el próximo 15 de octubre de 2020 con modo remoto y enlaces de todo el mundo. ■

1

VIDEOMENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA EL LANZAMIENTO DEL PACTO EDUCATIVO

12 de septiembre de 2019


QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS

En la Encíclica *Laudato si'* invité a todos a colaborar en el cuidado de nuestra casa común, afrontando juntos los desafíos que nos interpelan. Después de algunos años, renuevo la invitación para dialogar sobre el modo en que estamos construyendo el futuro del planeta y sobre la necesidad de invertir los talentos de todos, porque cada cambio requiere un camino educativo que haga madurar una nueva solidaridad universal y una sociedad más acogedora.

Por este motivo deseo promover un evento mundial para el día 14 de mayo de 2020, que tendrá como tema: *Reconstruir el pacto educativo global*; un encuentro para reavivar el compromiso por y con las jóvenes generaciones, renovando la pasión por una educación más abierta e incluyente, capaz de la escucha paciente, del

diálogo constructivo y de la mutua comprensión. Hoy más que nunca, es necesario unir los esfuerzos por una *alianza educativa* amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna.

El mundo contemporáneo está en continua transformación y se encuentra atravesado por múltiples crisis. Vivimos un cambio de época: una metamorfosis no solo cultural sino también antropológica que genera nuevos lenguajes y descarta, sin discernimiento, los paradigmas que la historia nos ha dado. La educación afronta la llamada *rapidación*, que encarcela la existencia en el vórtice de la velocidad tecnológica y digital, cambiando continuamente los puntos de referencia. En este contexto, la identidad misma pierde consistencia y la estructura

A black and white close-up portrait of Pope Francis. He is wearing his white zucchetto and has his hands clasped in prayer in front of his face. The lighting is dramatic, highlighting the texture of his skin and the details of his hands. A teal-colored text box is overlaid in the upper right corner.


“ Vivimos un cambio de época: una metamorfosis no solo cultural sino también antropológica que genera nuevos lenguajes y descarta, sin discernimiento, los paradigmas que la historia nos ha dado.

psicológica se desintegra ante una mutación incesante que «contrasta la natural lentitud de la evolución biológica» (Carta enc. *Laudato si'*, 18).

Sin embargo, cada cambio necesita un camino educativo que involucre a todos. Para ello se requiere construir una “aldea de la educación” donde se comparta en la diversidad el compromiso por generar una red de relaciones humanas y abiertas. Un proverbio africano dice que “para educar a un niño se necesita una aldea entera”. Por lo tanto, debemos construir esta aldea como condición para educar. El terreno debe estar saneado de la discriminación con la introducción de la fraternidad, como sostuve en el *documento* que firmé con el Gran Imán de Al-Azhar, en Abu Dabi, el pasado 4 de febrero.

En una aldea así es más fácil encontrar la convergencia global para una educación que sea portadora de una alianza entre todos los componentes de la persona: entre el estudio y la vida, entre las generaciones, entre los docentes, los estudiantes, las familias y la sociedad civil con sus expresiones intelectuales, científicas, artísticas, deportivas, políticas, económicas y solidarias. Una alianza entre los habitantes de la Tierra y la “casa común”, a la que debemos cuidado y respeto. Una alianza que suscite paz, justicia y acogida entre todos los pueblos de la familia humana, como también de diálogo entre las religiones.

Para alcanzar estos objetivos globales, el camino común de la “aldea de la educación” debe llevar a dar pasos importantes. En primer lugar, tener la *valentía de colocar a la persona en el cen-*



tro. Para esto se requiere firmar un pacto que anime los procesos educativos formales e informales, que no pueden ignorar que todo en el mundo está íntimamente conectado y que se necesita encontrar –a partir de una sana antropología– otros modos de entender la economía, la política, el crecimiento y el progreso. En un itinerario de ecología integral, se debe poner en el centro el valor propio de cada criatura, en relación con las personas y con la realidad que las circunda, y se propone un estilo de vida que rechace la cultura del descarte.

Otro paso es la *valentía de invertir las mejores energías* con creatividad y responsabilidad. La acción propositiva y confiada abre la educación hacia una planificación a largo plazo, que no se detenga en lo estático de las condiciones. De



este modo tendremos personas abiertas, responsables, disponibles para encontrar el tiempo para la escucha, el diálogo y la reflexión, y capaces de construir un tejido de relaciones con las familias, entre las generaciones y con las diversas expresiones de la sociedad civil, de modo que se componga un nuevo humanismo.

Otro paso es la *valentía de formar personas disponibles que se pongan al servicio de la comunidad*. El servicio es un pilar de la cultura del encuentro: «Significa inclinarse hacia quien tiene necesidad y tenderle la mano, sin cálculos, sin temor, con ternura y comprensión, como Jesús se inclinó a lavar los pies a los apóstoles. Servir significa trabajar al lado de los más necesitados, establecer con ellos ante todo relaciones humanas, de cercanía, vínculos de solidari-

dad»[1]. En el servicio experimentamos que hay más alegría en dar que en recibir (cf. Hch 20,35). En esta perspectiva, todas las instituciones deben interpelarse sobre la finalidad y los métodos con que desarrollan la propia misión formativa.

Por esto, deseo encontrar en Roma a todos vosotros que, de diversos modos, trabajáis en el campo de la educación en los diferentes niveles disciplinares y de la investigación. Os invito a promover juntos y a impulsar, a través de un *pacto educativo común*, aquellas dinámicas que dan sentido a la historia y la transforman de modo positivo. Junto a vosotros, apelo a las personalidades públicas que a nivel mundial ocupan cargos de responsabilidad y se preocupan por el futuro de las nuevas generaciones. Confío en que aceptarán mi invitación. Apelo también a vosotros, jóvenes, para que participéis en el encuentro y para que sintáis la responsabilidad de construir un mundo mejor. La cita es para el día 14 de mayo de 2020, en Roma, en el Aula Pablo VI del Vaticano. Una serie de seminarios temáticos, en diferentes instituciones, acompañarán la preparación del evento.

Busquemos juntos las soluciones, iniciemos procesos de transformación sin miedo y miremos hacia el futuro con esperanza. Invito a cada uno a ser protagonista de esta alianza, asumiendo un compromiso personal y comunitario para cultivar juntos el sueño de un humanismo solidario, que responda a las esperanzas del hombre y al diseño de Dios.

Os espero y desde ahora os saludo y bendigo. ■

2

DISCURSO

DEL SANTO PADRE FRANCISCO

A LOS PARTICIPANTES EN EL SEMINARIO SOBRE “EDUCACIÓN: EL PACTO MUNDIAL” ORGANIZADO POR LA PONTIFICIA ACADEMIA DE CIENCIAS SOCIALES

7 de febrero de 2020

QUERIDOS AMIGOS

Me es grato saludarlos con ocasión del seminario promovido por la Pontificia Academia de Ciencias Sociales sobre “Educación: el Pacto Mundial”. Me alegra que reflexionen sobre este tema, porque hoy es necesario unir esfuerzos para alcanzar una alianza educativa amplia con vistas a formar personas maduras, capaces de reconstruir, reconstruir el tejido relacional y crear una humanidad más fraterna (cf. Discurso al Cuerpo Diplomático, 9 enero 2020).

La educación integral y de calidad, y los patrones de graduación siguen siendo un desafío mundial. A pesar de los objetivos y metas formulados por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y otros organismos (cf. Objetivo 4), y de los importantes esfuerzos realizados por algunos países, la educación sigue siendo

desigual entre la población mundial. La pobreza, la discriminación, el cambio climático, la globalización de la indiferencia, las cosificaciones del ser humano marchitan el florecimiento de millones de criaturas. De hecho, representan para muchos un muro casi infranqueable que impide lograr los objetivos y las metas de desarrollo sostenible y garantizado que se han propuesto los pueblos.

La educación básica hoy es un ideal normativo en el mundo entero. Los datos empíricos que ustedes, señores académicos, comparten, indican que se ha progresado en la participación de los niños y niñas en la educación. La matriculación de los jóvenes en la educación primaria es hoy casi universal y se evidencia que la brecha de género se ha reducido. Este es un logro loable. Sin embargo, cada generación debería reconsiderar cómo transmitir sus



“La educación integral y de calidad, y los patrones de graduación siguen siendo un desafío mundial.

saberes y sus valores a la siguiente, ya que es a través de la educación que el ser humano alcanza su máximo potencial y se convierte en un ser consciente, libre y responsable. Pensar en la educación es pensar en las generaciones futuras y en el futuro de la humanidad; por lo tanto, es algo que está profundamente arraigado en la esperanza y requiere generosidad y valentía.

Educar no es solamente transmitir conceptos, esta sería una herencia de la ilustración que hay que superar, o sea no solo transmitir conceptos, sino que es una labor que exige que todos los responsables de la misma –familia, escuela e instituciones sociales, culturales, religiosas...– se impliquen en ella de forma solidaria. En este sentido, en algunos países se habla de que está roto el pacto educativo porque falta esta concurrencia social en la educación. Para educar hay que buscar integrar el lenguaje de la cabeza con el lenguaje del corazón y el lenguaje de las manos. Que un educando piense lo que siente y lo que hace, sienta lo que piensa y lo que hace, haga lo que siente y lo que piensa. Integración total. Al fomentar el aprendizaje de la cabeza, del corazón y de las manos, la educación intelectual y socioemocional, la transmisión de los valores y las virtudes individuales y sociales, la enseñanza de una ciudadanía comprometida y solidaria con la justicia, y al impartir las habilidades y el conocimiento que forman a los jóvenes para el mundo del trabajo y la sociedad, las familias, las escuelas y las instituciones se convierten en vehículos esenciales para el empoderamiento de la próxima generación. Entonces sí,



no se habla ya de un pacto educativo roto. El pacto es este.

Hoy está en crisis, está roto lo que he llamado el “pacto educativo”; el pacto educativo que se da entre la familia, la escuela, la patria y el mundo, la cultura y las culturas. Está roto, y muy roto; y no se puede pegar o recomponer. No se puede zurcir, sino a través de un renovado esfuerzo de generosidad y acuerdo universal. El pacto educativo roto significa que sea la sociedad, sea la familia, sean las distintas instituciones que están llamadas a educar delegan la decisiva tarea educacional a otros, evadiendo así la responsabilidad las diversas instituciones básicas y los mismos Estados que hayan claudicado de este pacto educativo.



Educación no es solamente transmitir conceptos, sino que es una labor que exige que todos los responsables de la misma familia, escuela e instituciones sociales, culturales y religiosas se impliquen en ella de forma solidaria.

Hoy estamos llamados, de alguna manera, a renovar y reintegrar el esfuerzo de todos –personas e instituciones– por la educación, para rehacer un nuevo pacto educativo, porque solamente así podrá cambiar la educación. Y, para eso, hay que integrar los saberes, la cultura, el deporte, la ciencia, el esparcimiento y la recreación; para esto, hay que tender puentes de conexión, saltar; me permiten la palabra: saltar el “chiquitaje”, que nos encierra en nuestro pequeño mundo, y salir al mar abierto global respetando todas las tradiciones. Las nuevas generaciones deben comprender con claridad su propia tradición y cultura. Eso no se negocia, es innegociable, en relación con las demás, de modo que desarrollen la propia auto-comprensión afrontando y asumiendo la diversidad y los cambios culturales. Se podrá

así promover una cultura del diálogo, una cultura del encuentro y de una mutua comprensión, de modo pacífico, respetuoso y tolerante. Una educación que capacita para identificar y fomentar los verdaderos valores humanos dentro de una perspectiva intercultural e interreligiosa.

La familia necesita ser valorada en el nuevo pacto educativo, puesto que su responsabilidad ya comienza en el vientre materno, en el momento del nacimiento. Pero las madres, los padres –los abuelos– y la familia en su conjunto, en su rol educativo primario, necesitan ayuda para comprender, en el nuevo contexto global, la importancia de esta temprana etapa de la vida, y estar preparados para actuar en consecuencia. Una de las formas fundamen-



tales de mejorar la calidad de la educación a nivel escolar es conseguir una mayor participación de las familias y las comunidades locales en los proyectos educativos. Y estas son parte de esa educación integral, puntual y universal.

Deseo, en este momento, rendir también homenaje a los docentes –los siempre mal pagados–, porque ante el desafío de la educación siguen adelante con valentía y tesón. Ellos son “artesanos” de las futuras generaciones. Con su saber, paciencia y dedicación van transmitiendo un modo de ser que se transforma en riqueza, no material, sino inmaterial, se va creando al hombre y mujer del mañana. Esto es una gran responsabilidad. Por lo tanto, en el nuevo pacto educativo, la función de los docentes, como agentes de la educación, debe reconocerse y respaldarse con todos los me-

dios posibles. Si nuestro objetivo es brindar a cada individuo y a cada comunidad el nivel de conocimientos necesario para tener su propia autonomía y ser capaces de cooperar con los demás, es importante apuntar a la formación de los educadores con los más altos estándares cualitativos, en todos los niveles académicos. Para respaldar y promover este proceso, es necesario que tengan a disposición los recursos nacionales, internacionales y privados adecuados de manera que, en todo el mundo, puedan cumplir sus tareas de manera efectiva.

En este seminario sobre “Educación: el Pacto Mundial”, ustedes, académicos de varias de las universidades más respetadas del mundo, han identificado nuevas palancas para hacer que la educación sea más humana y equitativa, más satisfactoria, y más relevante para las necesi-

dades dispares de las economías y sociedades del siglo XXI. Ustedes han examinado, entre otras cosas, la nueva ciencia de la mente, el cerebro y la educación, la promesa de la tecnología de llegar a niños que actualmente no tienen oportunidades de aprendizaje, y el tema importantísimo de la educación de jóvenes refugiados e inmigrantes alrededor del mundo. Ustedes han abordado los efectos de la creciente desigualdad y el cambio climático en la educación, así como las herramientas para revertir los efectos de ambos y afianzar las bases para una sociedad más humana, más sana, más equitativa y feliz.

Y hablé de los tres lenguajes: de la mente, del corazón y de las manos. Y hablando de las raí-

ces, de los valores, podemos hablar de verdad, de bondad, de creatividad, pero no quiero terminar estas palabras sin hablar de la belleza. No se puede educar sin inducir a la belleza, sin inducir del corazón la belleza. Forzando un poco el discurso, me atrevería a decir, que una educación no es exitosa si no sabe crear poetas. El camino de la belleza es un desafío que se debe abordar.

Los animo en esta tarea tan importante y apasionante que tienen: colaborar en la educación de las futuras generaciones. No es algo del mañana, sino del hoy. Adelante, que Dios los bendiga. Rezo por ustedes y ustedes háganlo por mí. Muchas gracias. ■



3

DISCURSO

DEL SANTO PADRE FRANCISCO

A LOS PARTICIPANTES EN LA ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA (DE LOS INSTITUTOS DE ESTUDIOS)

20 de febrero de 2020

SEÑORES CARDENALES

Queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:

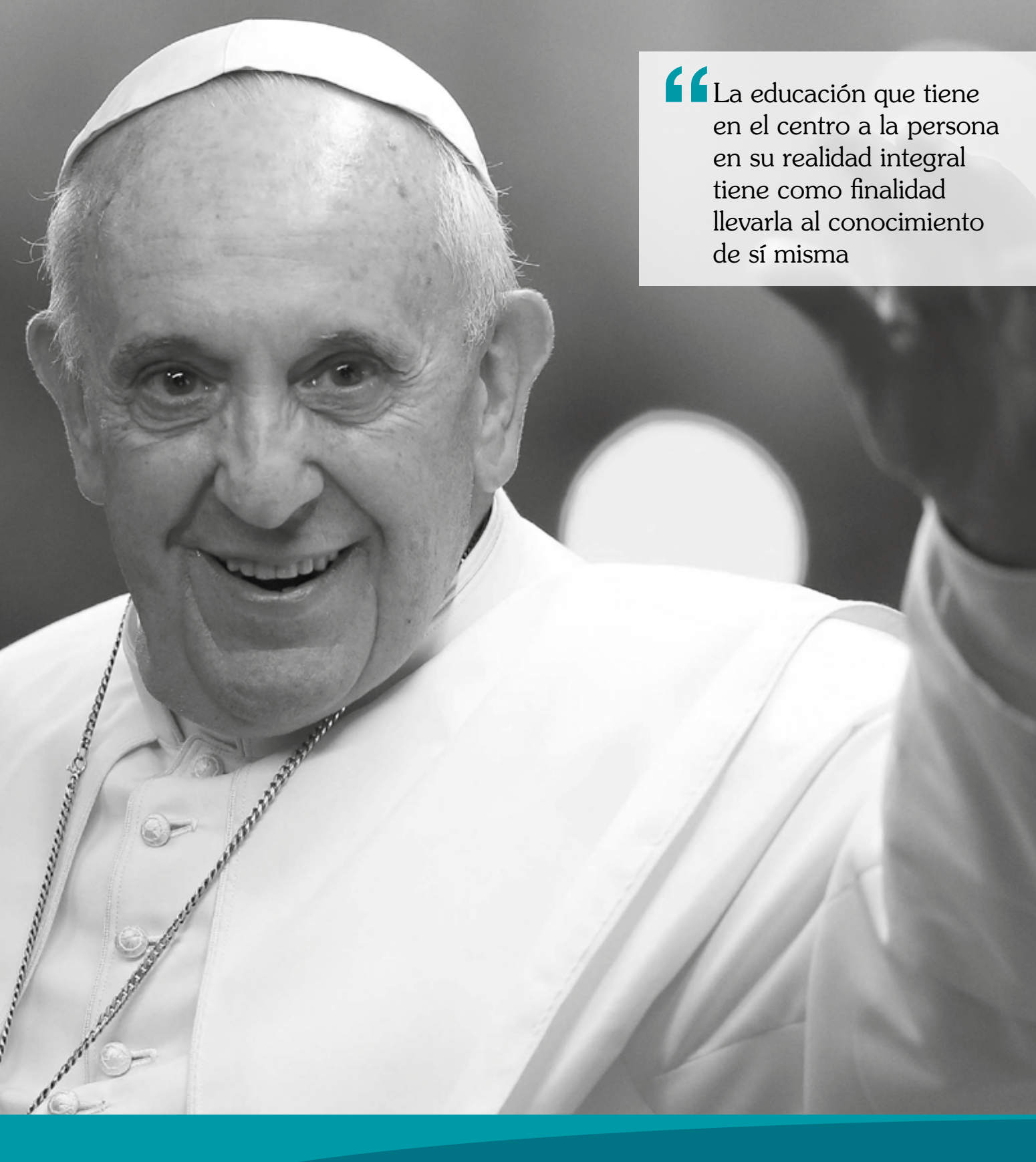
Agradezco al cardenal Versaldi las amables palabras de presentación y os saludo cordialmente a todos. Vuestra reunión en Asamblea Plenaria os ha brindado estos días la oportunidad de releer el denso trabajo realizado en los últimos tres años y de delinear los esfuerzos futuros con corazón abierto y con esperanza. El campo de competencia del dicasterio os compromete a calaros en el fascinante mundo de la educación, que nunca es una acción repetitiva, sino el arte del crecimiento, de la maduración, y por esta razón nunca igual a sí mismo.

La educación es una realidad dinámica, es un movimiento que saca a la luz a las personas. Se trata de un tipo de movimiento peculiar,

con características que lo convierten en un dinamismo de crecimiento, orientado al pleno desarrollo de la persona en su dimensión individual y social. Me gustaría detenerme en algunos de sus rasgos típicos.

Una propiedad de la educación es la de ser un movimiento ecológico. Es una de sus fuerzas motrices hacia el objetivo formativo completo. La educación que tiene en el centro a la persona en su realidad integral tiene como finalidad llevarla al conocimiento de sí misma, de la casa común en la que vive, y sobre todo al descubrimiento de la fraternidad como relación que produce la composición multicultural de la humanidad, fuente de enriquecimiento mutuo.

Este movimiento educativo, como escribí en la Encíclica *Laudato si'*, contribuye a la recuperación de «los distintos niveles de equili-



“La educación que tiene en el centro a la persona en su realidad integral tiene como finalidad llevarla al conocimiento de sí misma

brio ecológico: el interno con uno mismo, el solidario con los demás, el natural con todos los seres vivos, el espiritual con Dios». Esto requiere, por supuesto, educadores «capaces de replantear los itinerarios pedagógicos de una ética ecológica, de manera que ayuden efectivamente a crecer en la solidaridad, la responsabilidad y el cuidado basado en la compasión» (n.o 210).

En cuanto al método, la educación es un movimiento inclusivo. Una inclusión que va hacia todos los excluidos: por la pobreza, por la vulnerabilidad debida a guerras, hambrunas y desastres naturales, por la selectividad social, por las dificultades familiares y existenciales. Una inclusión que se concretiza en acciones educativas a favor de los refugiados, de las víctimas de la trata de seres humanos, de los migrantes, sin distinción alguna de sexo, religión o etnia. La inclusión no es un invento moderno, sino una parte integral del mensaje salvífico cristiano. Hoy es necesario acelerar este movimiento inclusivo de la educación para poner coto a la cultura del descarte, cuyo origen es el rechazo de la fraternidad como elemento constitutivo de la humanidad.

Otra característica de la educación es la de ser un movimiento pacificador, portador de paz. Es armonioso –hablaré luego, pero están conectados– un movimiento pacificador, portador de paz. Lo testimonian los mismos jóvenes, que con su compromiso y su sed de verdad «nos recuerdan constantemente que la esperanza no es una utopía y la paz es un bien siempre posible» (Discurso a los miembros del



Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, 9 de enero de 2020). El movimiento educativo, constructor de paz es una fuerza que hay que alimentar contra la “egolatría” que genera la no paz, las rupturas entre generaciones, entre pueblos, entre culturas, entre poblaciones ricas y pobres, entre masculino y femenino, entre economía y ética, entre humanidad y medioambiente (cf. Congregación para la Educación Católica, Pacto Educativo Mundial. Instrumentum laboris, 2020). Estas fracturas y contraposiciones, que enferman las relaciones, esconden un miedo a la diversidad y a la diferencia. Por eso, la educación está llamada



La inclusión no es un invento moderno, sino una parte integral del mensaje salvífico cristiano. Hoy es necesario acelerar este movimiento inclusivo de la educación para poner coto a la cultura del descarte, cuyo origen es el rechazo de la fraternidad como elemento constitutivo de la humanidad.

con su fuerza pacificadora a formar personas capaces de comprender que la diversidad no obstaculiza la unidad, sino que es indispensable para la riqueza de la propia identidad y de la de todos.

Otro elemento típico de la educación es el de ser un movimiento de equipo. Nunca es la acción de una sola persona o institución. La Declaración conciliar *Gravissimum educationis* afirma que la escuela «constituye como un centro de cuya laboriosidad y de cuyos beneficios deben participar a un tiempo las familias, los maestros, las diversas asociaciones que promueven la vida cultural, cívica y religiosa, la sociedad civil y toda la comunidad humana» (n.º 5). Por su parte, la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, que este año celebra el trigésimo aniversario de su promulgación, afirma que «la Universidad Católica persigue sus propios objetivos también mediante el esfuerzo por formar una comunidad auténticamente humana, animada por el espíritu de Cristo» (n.º 21). Pero toda universidad está llamada a ser una «comunidad de estudio, de investigación y de formación» (Constitución Apostólica *Veritatis gaudium* art. 11 § 1).

Este movimiento de equipo ha estado en crisis desde hace tiempo por varias razones. Por eso, sentí la necesidad de promover el próximo 14 de mayo el Día del Pacto Educativo Global confiando la organización a la Congregación para la Educación Católica. Es un llamamiento a todos aquellos que tienen responsabilidades políticas, administrativas, religiosas y educativas para reconstruir la “aldea de la educación”.

El objetivo de estar juntos no es desarrollar programas, sino encontrar el paso común «para reavivar el compromiso por y con las jóvenes generaciones, renovando la pasión por una educación más abierta e incluyente, capaz de la escucha paciente, del diálogo constructivo y de la mutua comprensión». El pacto educativo no debe ser un simple ordenamiento, no debe ser un “recocido” de los positivismos que hemos recibido de una educación ilustrada. Debe ser revolucionario.

«Hoy más que nunca, es necesario unir los esfuerzos por una alianza educativa amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una

humanidad más fraterna». Para lograr estos objetivos se necesita valentía: «La valentía de colocar a la persona en el centro [...]. La valentía de invertir las mejores energías [...] La valentía de formar personas disponibles que se pongan al servicio de la comunidad» (Mensaje para el lanzamiento del Pacto Educativo, 12 de septiembre de 2019). La valentía de pagar bien a los educadores.

También veo en la constitución de un pacto educativo global la facilitación del crecimiento de una alianza interdisciplinaria y transdisciplinaria, que la reciente Constitución Apostólica *Veritatis gaudium* indicaba para los estudios eclesiológicos, como «el principio vital e intelectual de la unidad del saber en la diver-





sidad y en el respeto de sus expresiones múltiples, conexas y convergentes [...] también en relación con el panorama actual fragmentado y no pocas veces desintegrado, de los estudios universitarios y con el pluralismo ambiguo, conflictivo o relativista de las convicciones y de las opciones culturales» (Proemio, 4 c).

En este amplio horizonte de formación os deseo que continuéis con provecho en la realización del programa para los próximos años, en particular en la elaboración de un Directorio, en la constitución de un Observatorio Mundial, así como en la cualificación y actualización de los estudios eclesiásticos y en una mayor solicitud por la pastoral universitaria como instrumento de la nueva evangelización. Todos estos son esfuerzos que pueden contribuir eficazmente a consolidar el pacto, en el sentido que nos enseña la Palabra de Dios: «El

pacto entre Dios y los hombres, el pacto entre las generaciones, el pacto entre los pueblos y las culturas, el pacto en la escuela –entre los maestros y los alumnos–, el pacto entre el hombre, los animales, las plantas e incluso las realidades inanimadas que hacen que nuestra casa común sea hermosa y variopinta. ¡Todo está relacionado con todo, todo está creado para ser un ícono vivo de Dios que es Trinidad de Amor!» (Discurso a la comunidad académica del Instituto Universitario Sofía de Loppiano, 14 de noviembre de 2019).

Queridos hermanos y hermanas, os doy las gracias por el trabajo que hacéis con dedicación cada día. Invoco sobre vosotros los dones del Espíritu Santo para que os dé fortaleza en vuestro delicado ministerio en favor de la educación. Y os pido, por favor, que recéis por mí. Gracias. ■

4

PACTO EDUCATIVO GLOBAL INSTRUMENTUM LABORIS

EL PROYECTO

Introducción

Con el mensaje para el lanzamiento del Pacto Educativo del 12 de septiembre de 2019, el papa Francisco convocó a los representantes de la tierra a Roma para firmar un compromiso común, finalizado a construir el Pacto Educativo Global. Esta iniciativa no es una idea nueva ni repentina, sino la traducción concreta de una visión y de un pensamiento expresados con frecuencia en sus discursos. Además, esta propuesta está en línea con su magisterio, que encontramos claramente formulado en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* y en la encíclica *Laudato si'*, que se inspiran en las orientaciones del Concilio y del Postconcilio.

En el primer documento, el Papa invitó a toda la Iglesia a tener una actitud “en salida” misio-

nera, como estilo para adoptar en cada actividad que se realice. Esta invitación la dirigió a todo el pueblo de Dios para poner en práctica un anuncio abierto «a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo»: un anuncio que «no puede excluir a nadie» (EG 23).

La Iglesia en salida es una comunidad que toma iniciativa (“primerear”), que sabe incidir en todos los procesos de la vida personal y social. Y en esta perspectiva —escribe el Papa después de haber analizado los problemas del mundo y de la cultura actual— «sentimos el desafío de descubrir y transmitir la ‘mística’ de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria» (EG 87).



“La educación será ineficaz y sus esfuerzos serán estériles si no procura también difundir un nuevo paradigma acerca del ser humano, la vida, la sociedad y la relación con la naturaleza

En esta invitación a cuidar la fragilidad de las personas y del mundo en el que vivimos –una invitación que no concierne realmente solo a los cristianos, sino a todos los hombres y mujeres de la Tierra– la educación y la formación se convierten en prioridades, porque ayudan a ser protagonistas directos y co-constructores del bien común y de la paz.

En la encíclica *Laudato sí*, el papa Francisco recuerda que «La educación será ineficaz y sus esfuerzos serán estériles si no procura también difundir un nuevo paradigma acerca del ser humano, la vida, la sociedad y la relación con la naturaleza» (n.o 215). Nunca antes –en un contexto desgarrado por los contrastes sociales y carente de una visión común– había sido tan urgente la necesidad de un cambio de marcha que –a través de una educación integral e inclusiva, capaz de una escucha paciente y un diálogo constructivo– haga prevalecer la unidad sobre el conflicto. En este sentido es conveniente, dice el Papa, que se inicien procesos de intercambio y de transformación con todas las iniciativas necesarias para permitir que las generaciones futuras construyan un futuro de esperanza y paz.

Con base en estos dos importantes documentos, el papa Francisco quiere recordar con el acontecimiento del 14 de mayo de 2020, centrado en la necesidad de reconstruir el pacto educativo global, la idea de que «todo cambio, como el de época que estamos viviendo, pide un camino educativo, la constitución de una aldea de la educación que cree una red de relaciones humanas y abiertas. Dicha aldea debe poner a la persona en el centro, favorecer

la creatividad y la responsabilidad para unos proyectos de larga duración y formar personas disponibles para ponerse al servicio de la comunidad. Por tanto, es necesario un concepto de educación que abrace la amplia gama de experiencias de vida y de procesos de aprendizaje y que consienta a los jóvenes desarrollar su personalidad de manera individual y colectiva. La educación no termina en las aulas de las escuelas o de las universidades, sino que se afirma principalmente respetando y reforzando el derecho primario de la familia a educar, y el derecho de las Iglesias y de los entes sociales a sostener y colaborar con las familias en la educación de los hijos» (Discurso a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante La Santa Sede con motivo de las felicitaciones del Año Nuevo, 9 de enero de 2020).

El pacto: la apertura al otro como fundamento

El Santo Padre propone a través de este mensaje comprometernos en un pacto educativo global. No propone una acción educativa, tampoco invita a desarrollar un programa, sino que se concentra en un pacto o, como él precisa –en una alianza educativa. La elección de las palabras revela mucho el estilo con el cual el Papa nos invita a afrontar esta tarea: para hacer un pacto, de hecho, se necesitan dos o más personas diferentes que decidan comprometerse en una causa común. Existe un pacto cuando, manteniendo las diferencias recíprocas, se decide utilizar las propias fuerzas al servicio del mismo proyecto. Existe un pacto



cuando reconocemos al otro, diferente de nosotros, no como una amenaza a nuestra identidad, sino como un compañero de viaje, para «descubrir en él el esplendor de la imagen de Dios» (Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, 35).

El término alianza, además, en la tradición judeo-cristiana se refiere al vínculo de amor establecido entre Dios y su pueblo. Amor que en Jesús ha derribado el muro entre los pueblos, restableciendo la paz (cf. Ef 2,14-15).

Sobre esta base, el Papa invita a buscar compañeros de viaje en el camino de la educación más que proponer programas para implemen-

tar; invita a establecer una alianza entre todos que dé valor a la unicidad de cada uno a través de un compromiso continuo de formación. Respetar la diversidad, podríamos decir, es por lo tanto la primera condición previa del pacto educativo. Un pacto global para la educación solo puede traducirse, principalmente, en el reconocimiento de la indispensabilidad de cada contribución para afrontar la emergencia educativa que vivimos desde hace algunos decenios, como ya había reconocido el mismo Benedicto XVI en la Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la urgente tarea educativa del 21 de enero de 2008. Sus consideraciones siguen siendo actuales: «Todos nos preocupamos por el bien de las personas que

amamos, en particular por nuestros niños, adolescentes y jóvenes. En efecto, sabemos que de ellos depende el futuro de nuestra ciudad. Por lo tanto, no podemos no dar el máximo por la formación de las nuevas generaciones, por su capacidad de orientarse en la vida y de discernir el bien del mal, y por su salud, no solo física sino también moral. Ahora bien, educar jamás ha sido fácil, y hoy parece cada vez más difícil. Lo saben bien los padres de familia, los profesores, los sacerdotes y todos los que tienen responsabilidades educativas directas. Por eso, se habla de una gran “emergencia educativa”, confirmada por los fracasos en los que muy a menudo terminan nuestros esfuerzos por formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y de dar un sentido a su vida».

La fraternidad originaria

La fraternidad es la categoría cultural que funda y guía paradigmáticamente el pontificado de Francisco. Introducirla en los procesos educativos, como sugiere en su mensaje, significa reconocerla como un dato antropológico de base, a partir del cual injertar todas las “gramáticas” principales y positivas de la relación: el encuentro, la solidaridad, la misericordia, la generosidad, pero también el diálogo, la confrontación y, más en general, las diversas formas de reciprocidad.

Originalmente, la vida humana es un hecho recibido que no tiene su origen en nosotros mismos. Al contrario, la vida trasciende a cada hombre y mujer, y por lo tanto no es algo au-



to-producido, sino dado por otra cosa. Para los creyentes, como ha subrayado la reciente Declaración Conjunta –Sobre la fraternidad humana– de Abu Dhabi, se trata de un reconocimiento como hijos de un solo Padre y, por lo tanto, hermanos llamados a la recíproca benevolencia y a la custodia fraterna (cf. Gn 4,9). Sin embargo, como el papa Francisco quiso subrayar desde el inicio de su magisterio, la vocación a la custodia fraterna recíproca «no solo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos» (Santa Misa del inicio del ministerio pretino, 19 de marzo de 2013). Toda la humanidad, al recibir la vida, se descubre unida en el vínculo de la fraternidad, que se manifiesta, por lo tanto, como el principio que expresa la realidad



Originalmente, la vida humana es un hecho recibido que no tiene su origen en nosotros mismos. Al contrario, la vida trasciende a cada hombre y mujer, y por lo tanto no es algo auto-producido, sino dado por otra cosa.

estructural del ser humano (cf. *Laudato sí'*, n.o 220). Podemos elegir a nuestros amigos o a algunos de nuestros compañeros, pero no podemos elegir a nuestros hermanos o hermanas, porque no somos los autores de su existencia. Por lo tanto, cuanto más se realiza la fraternidad no expresa –en primer lugar– un deber moral, sino más bien la identidad objetiva del género humano y de toda la creación.

La actual cultura del descarte, en profundidad, proviene precisamente del rechazo de la fraternidad como elemento constitutivo de la humanidad: «Muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo la humanidad necesita cambiar. Hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos»

(*Laudato sí'*, n.o 202). Es precisamente en esta dirección, de hecho, que el papa Francisco preparó también su primer Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz (1 de enero de 2014), no por casualidad con el título *Fraternidad, fundamento y camino de la paz*. Hoy en día, en la perspectiva de la construcción de una aldea global de la educación, este principio recibe un renovado impulso, convirtiéndose en cierto sentido en el verdadero punto de llegada de todo proceso educativo exitoso. Es precisamente la voluntad de ponerse al servicio de la fraternidad que consagra la plena realización de la humanidad que es común a todos. En efecto, fuimos creados no solo para vivir “con los demás”, sino también para vivir “al servicio de los demás”, en una reciprocidad salvadora y enriquecedora.

EL CONTEXTO

Ruptura de la solidaridad intergeneracional

Al presentar el evento del 14 de mayo de 2020 al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, el papa Francisco indicó cuál es la herida más grave que el contexto sociocultural actual provoca en el compromiso educativo: «Educar exige entrar en un diálogo leal con los jóvenes. Ante todo, ellos son quienes nos interpelan sobre la urgencia de esa solidaridad intergeneracional, que desgraciadamente ha desaparecido en los últimos años. En efecto, hay una tendencia en muchas partes del mun-

do a encerrarse en sí mismos, a proteger los derechos y los privilegios adquiridos, a concebir el mundo dentro de un horizonte limitado que trata con indiferencia a los ancianos y, sobre todo, que no ofrece más espacio a la vida naciente. El envejecimiento general de una parte de la población mundial, especialmente en Occidente, es la triste y emblemática representación de todo esto» (Discurso a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede con motivo de las felicitaciones del Año Nuevo, 9 de enero de 2020).

Las raíces últimas de esta tendencia al aislamiento y al encerrarse se encuentran, según el papa Francisco, en una profunda transfor-



mación antropológica, de la cual habló detalladamente en el discurso a los participantes de la Asamblea General de los miembros de la Academia Pontificia para la Vida en octubre de 2017. Afirmó: «La criatura humana parece encontrarse hoy en un pasaje especial de su historia [...]. El rasgo emblemático de este pasaje puede reconocerse en síntesis en la rápida difusión de una cultura obsesivamente centrada en la soberanía del hombre –como especie e individuo– con respecto a la realidad. Hay quienes incluso hablan de egolatría, es decir, de una verdadera adoración del ego, en cuyas aras se sacrifica todo, incluyendo los afectos más queridos. Esta perspectiva no es inofensiva: dibuja un sujeto que se mira constantemente en el espejo, hasta que llega a ser incapaz de volver sus ojos a los demás y al mundo».

Lógicamente es este tipo de egolatría que genera esas fracturas que influyen fuertemente en la acción educativa en todos los niveles. Hablamos aquí de la fractura entre generaciones, de la fractura entre diferentes pueblos y culturas, de la fractura entre parte de la población rica y parte de la población pobre –la primera cada vez más rica y la segunda cada vez más pobre– de la fractura entre hombres y mujeres, de la fractura entre economía y ética, de la fractura entre la humanidad y el planeta Tierra.

La educación que necesitamos hoy debe, por lo tanto, poder afrontar esta nueva “idolatría del yo” y encontrar las palabras adecuadas para devolver a todos la originalidad y la be-

lleza de la vocación humana en relación con el otro y su destino. “Juntos” es la palabra que salva todo y cumple todo.

Tiempos educativos y tiempos tecnológicos

En la encíclica *Caritas in veritate*, Benedicto XVI evidencia que «La sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos» (n.o 19). Actualmente, una de las declinaciones fundamentales de la globalización está representada por el desarrollo de las tecnologías y, en particular, con un impacto tal vez más incisivo en el campo pedagógico, aquellas relacionadas con la vida on line y con las redes sociales. El uso y la gestión de estos mundos digitales plantean enormes desafíos a la tarea educativa. Como se subraya en la *Laudato sí'*, si bien la educación requiere un movimiento constante de crecimiento y, por lo tanto, de cambio, «la velocidad que las acciones humanas le imponen hoy contrasta con la natural lentitud de la evolución biológica» (n.o 18).

Las nuevas generaciones, en una forma hasta ahora desconocida, se ven obligadas a vivir con esta contradicción, porque los tiempos de aprendizaje y, más profundamente, los de madurez están muy alejados de los tiempos de Internet. Con frecuencia, consecuentemente, esto conlleva a un fuerte sentimiento de frustración, de pobreza de estima y de conciencia de sí mismo: ¿por qué, aunque clicando puedo obtener aquello que deseo, no logro –con la

misma rapidez— convertirme en una persona adulta, que logre tomar decisiones importantes y de responsabilidad?

Internet y las redes sociales están de esta manera alterando radicalmente tanto las relaciones entre los seres humanos como los deseos y la misma formación de la identidad de los individuos, afectando a diferentes capacidades humanas, como la memoria, la creatividad o la capacidad de concentración e introspección.

No queremos seguramente negar el hecho que la Web ofrece grandes oportunidades para la construcción del mañana, pero tampoco debemos subestimar su no-neutralidad, y por lo tanto considerar sus límites intrínsecos y posibilidades: la tecnología «de hecho suele ser incapaz de ver el misterio de las múltiples relaciones que existen entre las cosas, y por eso a veces resuelve un problema creando otros» (Laudato sí, n.o 20). Contextualmente sociedad cada vez más globalizada nos hace «más cercanos, pero no más hermanos» filtrando todo tipo de realidad, el mundo virtual —por un lado— se siente accesible a todos los rincones del planeta, mientras que —por el otro— tiende a contribuir a la «“globalización de la indiferencia”, que poco a poco nos “habituá” al sufrimiento del otro, cerrándonos en nosotros mismos» (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2014).

Ante el gran potencial y los grandes riesgos que hoy en día representa Internet, no es suficiente una actitud de denuncia constante ni de total absolución. Es necesario lo que el papa

Francisco nunca deja de solicitar: es necesario el discernimiento. Aún más, se necesitan personas para transferir esta actitud a las nuevas generaciones. La educación necesaria hoy es una educación que no solo no tiene miedo de la complejidad de la realidad, sino que se esfuerza por capacitar a todos aquellos a quienes se dirige para que puedan vivir esta complejidad y a “humanizarla”, con la conciencia de que cualquier instrumento depende siempre de la intencionalidad de quienes lo utilizan.

«E-ducar» la pregunta

La «desintegración psicológica», debida en particular a la mencionada penetración de las nuevas tecnologías, es indicada por el Papa en su Mensaje para el lanzamiento del Pacto Educativo como una de las problemáticas educativas más urgentes. La atención, en particular de los niños y de los jóvenes, hoy está constantemente atraída por estímulos rápidos y múltiples, que hacen difícil aprender a vivir el silencio. El tiempo y el espacio necesarios para que los jóvenes se familiaricen con sus deseos y sus miedos están cada vez más llenos de interacciones continuas y atractivas, que seducen y tienden a colmar cada momento de la jornada. Interacciones, además, que alimentan la racionalidad calculadora, instrumental, tecnicista (la del cómo), y no la racionalidad que responde al sentido profundo de las cosas y de la vida (aquella del por qué). En la gran riqueza de estímulos se experimenta —por así decirlo— una profunda pobreza de interioridad, una creciente dificultad para detenerse, re-



flexionar, escuchar y escucharse. La diversidad y la velocidad de los estímulos digitales a menudo «suele llevar a perder el sentido de la totalidad, de las relaciones que existen entre las cosas, del horizonte amplio, que se vuelve irrelevante» (Laudato sí, n.o 110). Con relación a cuánto fue sugerido por distintos líderes religiosos al papa Francisco, es necesario entonces concentrarse hoy en educar las preguntas de los jóvenes, prioritarias al dar respuestas: se trata de dedicar tiempo y espacio al desarrollo de las grandes cuestiones y de los grandes deseos que habitan en el corazón de las nuevas generaciones, que desde una relación serena con ellos mismos puedan conducirlos a la búsqueda de lo trascendente.

El tiempo y el espacio necesarios para que los jóvenes se familiaricen con sus deseos y sus miedos están cada vez más llenos de interacciones continuas y atractivas, que seducen y tienden a colmar cada momento de la jornada.

En el Documento sobre la Fraternidad Humana por la Paz Mundial y la Convivencia Común se recuerda, sobre este tema, «la importancia de reavivar el sentido religioso y la necesidad de reanimarlo en los corazones de las nuevas generaciones» (p. 4). Para el creyente se trata de despertar en los jóvenes, en los momentos oportunos, el deseo de entrar en la propia interioridad para conocer y amar a Dios; para el no creyente animar una inquietud estimulante sobre el sentido de las cosas y de la propia existencia.

Reconstruir la identidad

La cuestión de la fragmentación de la identidad o la dificultad de construir una visión unificada del yo, es fuertemente subrayada por psicólogos y educadores, que encuentran en particular en las nuevas generaciones una presencia creciente de sufrimiento vinculado justamente a este problema. Las indicaciones dadas por el papa Francisco en la *Laudato si'* sobre la cultura del descarte ofrecen un indicio útil para profundizar esta temática; se lee, en efecto, que «a la cultura del descarte, que afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas» (n.º 22). Entre las personas más afectadas por la cultura del descarte están los ancianos y los niños: en la lógica del consumo los primeros son descartados porque ya no son más productivos y los segundos porque todavía no son productivos. Sin embargo, una sociedad que deja de lado a los ancianos es una sociedad que niega confrontarse con su pasado, con su memoria y sus raíces: «Los viejos

son la sabiduría. Y que los viejos aprendan a hablar con los jóvenes y los jóvenes aprendan a hablar con los ancianos. Ellos, los ancianos, tienen la sabiduría de un pueblo». (Discurso del Santo Padre a los fieles de Pietralcina, 17 de marzo de 2018). Por otra parte, descartar la infancia muestra, en cambio, una pobreza de esperanza, de visión y de futuro, ya que los niños «traen su modo de ver la realidad, con una mirada confiada y pura» (Audiencia General, 18 de marzo de 2015).

Como un presente es pobre sin pasado y sin futuro, así también una identidad personal sin los demás está vacía, porque no tiene memoria ni perspectiva. Por eso, empobrecido de alma y sin esperanza, el hombre contemporáneo enfrenta inseguridad e inestabilidad. Por lo tanto, es necesario formar personas que sepan reconstruir los vínculos interrumpidos con la memoria y con la esperanza en el futuro, jóvenes que, conociendo sus raíces y abiertos a lo nuevo que llegará, sepan reconstruir una identidad presente más serena.

Crisis ambiental como crisis relacional

La búsqueda de una renovación del compromiso educativo con la interioridad y la identidad, siempre más provocadas por el mundo globalizado y digital, exige que no se rompa el vínculo con el más amplio horizonte social, cultural y ambiental en el que se inserta. El ser humano y la naturaleza deben ser pensados en su interdependencia, porque «el ambiente humano y el ambiente natural se degradan

juntos, y no podremos afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a causas que tienen que ver con la degradación humana y social» (Laudato sí', n.o 48). La carencia de cuidado de la interioridad se refleja en la carencia de cuidado de la exterioridad, y viceversa: «el descuido en el empeño de cultivar y mantener una relación adecuada con el prójimo, hacia el cual tengo el deber del cuidado y de la custodia, destruye mi relación interior conmigo mismo, con los demás, con Dios y con la Tierra» (Laudato sí', n.o 70). Pero esto sucede «si ya no hablamos el lenguaje de la fraternidad y de la belleza en nuestra relación con el mundo» (Laudato sí', n.o 11). De aquí surge naturalmente la necesidad de una educación ecológica integral. El desafío ambiental se refiere esencialmente a un desafío relacional más radical, donde está en juego el futuro de las generaciones y del propio planeta.

Considerar la cuestión ambiental como intrínsecamente relacional «esto nos impide –dice Laudato sí'– entender la naturaleza como algo separado de nosotros o como un mero marco de nuestra vida. Estamos incluidos en ella, somos parte de ella y estamos interpenetrados» (n.o 139). También aquí, antes de moral, la cuestión es ontológica y antropológica: «no habrá una nueva relación con la naturaleza sin un nuevo ser humano. No hay ecología sin una adecuada antropología» (Laudato sí', n.o 118). Por lo tanto, la ecología integral a la que se refiere el Papa no debe ser comprendida individualísticamente, como una especie de ecologismo romántico y moral de la belleza

desencantada de la naturaleza, sino que brota de la plena conciencia que «todo está conectado», «todo está en relación» como se lo reitera con frecuencia en la Laudato sí' (cf. n.os 70, 92, 117, 120, 138, 142).

Por lo tanto, solo en el horizonte de esta reciprocidad entre interioridad y exterioridad, identidad y alteridad, el yo y la alteridad, es posible redescubrir –como dice el papa Francisco– que «entonces hay mística en una hoja, en un camino, en el rocío, en el rostro del pobre. El ideal no es solo pasar de lo exterior a lo interior para descubrir la acción de Dios en el alma, sino también llegar a encontrarlo en todas las cosas» (Laudato sí', n.o 233) y, de este modo, custodiarlas en un renovado y consciente estilo de vida.

LA VISIÓN

Unidad en la diferencia: un nuevo modo de pensar

En el origen de las actuales fragmentaciones y oposiciones, que a menudo conducen a diversas formas de conflicto, se encuentra el miedo a la diversidad (cfr. también el reciente Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2020). Reconstruir el tejido de la unidad y del encuentro, por lo tanto, solicita al pensamiento que dé un salto hacia adelante y cambie radicalmente su lógica habitual. Si la diversidad y la diferencia se siguen considerando hostiles a la unidad, entonces, la guerra estará siempre en la puerta, lista para manifestarse



con toda su carga destructiva. El primer principio indispensable para la construcción de un nuevo humanismo es, por lo tanto, educar a un nuevo modo de pensar, que sepa mantener juntas la unidad y la diversidad, la igualdad y la libertad, la identidad y la alteridad. Por eso, como escribe la *Evangelii gaudium*, para que florezca la flor de un nuevo estilo educativo «es necesario llegar allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas» (n.o 74). En pocas palabras, se trata de comprender que la diversidad no solo no es un obstáculo para la unidad, no solo no la desestabiliza, sino que –al contrario– le es indispensable, es su horizonte de posibilidades: la unidad y la diferencia no se excluyen, sino que se necesitan.

De lo contrario, nos encontraríamos ante una unidad asfixiante, que elimina la alteridad, haciendo imposible la existencia del otro, pero también de sí misma; o experimentaríamos un desorden caótico, donde las identidades individuales son recíprocamente indiferentes, haciendo imposible cualquier encuentro.

Por lo tanto, es necesario ejercer ese pensamiento que articula la unidad en la distinción y que considera la diferencia como una bendición para la propia identidad y no como un gran impedimento para la autorrealización. La tarea educativa debe intervenir, antes que nada, a este nivel, porque –como recordó el papa Francisco durante su visita a la Universi-

dad de Roma Tre— «las guerras comienzan dentro de nosotros cuando no sabemos abrirnos a los demás, cuando no logramos hablar con los demás», cuando —en otras palabras— la alteridad se considera un obstáculo para la afirmación de la identidad.

En la práctica educativa, el nuevo pensamiento inaugura, en consecuencia, un ejercicio dialógico en todos los ámbitos, que libremente hace partícipe a todo aquel que desee trabajar por una auténtica cultura del encuentro, del enriquecimiento recíproco y de la escucha fraterna: «También en las disputas, que constituyen un aspecto ineludible de la vida, es necesario recordar que somos hermanos y, por eso mismo, educar y educarse en no considerar al prójimo un enemigo o un adversario al que eliminar» (Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2014), porque «si cuando el corazón está auténticamente abierto a una comunión universal, nada ni nadie está excluido de esa fraternidad» (Laudato sí', n.o 92).

En este sentido, el rol del diálogo entre las religiones es de crucial importancia, ya que «es una condición necesaria para la paz en el mundo, y por lo tanto es un deber para los cristianos, así como para otras comunidades religiosas» (Evangelii gaudium, n.o 250). Es precisamente en la práctica dialógica que, de hecho, «aprendemos a aceptar a los otros en su modo diferente de ser, de pensar y de expresarse. De esta forma, podremos asumir juntos el deber de servir a la justicia y la paz, que deberá convertirse en un criterio básico de todo intercambio. Un diálogo en el que se busquen

la paz social y la justicia es en sí mismo, más allá de lo meramente pragmático, un compromiso ético que crea nuevas condiciones sociales» (ibid.).

A la luz de estas consideraciones, no podemos dejar de señalar que este pensamiento del diálogo y de la paz debe iluminar y guiar siempre más a aquellos que los ciudadanos han elegido para la gestión político-económica de la sociedad civil. Nunca hay una verdadera acción política fuera de un pensamiento y de una práctica del diálogo y de la paz.

La relación en el centro

Entre los valores indispensables para reconstruir un pacto educativo, parece importante detenerse en el valor de la relación educativa. Con las palabras del papa Francisco podemos, de hecho, reiterar que «si bien por un lado no debemos olvidar que los jóvenes esperan la palabra y el ejemplo de los adultos, al mismo tiempo hemos de tener presente que ellos tienen mucho que ofrecer con su entusiasmo, con su compromiso y con su sed de verdad, a través de la que nos recuerdan constantemente que la esperanza no es una utopía y la paz es un bien siempre posible. Lo hemos visto en el modo con el que muchos jóvenes se están comprometiendo para sensibilizar a los líderes políticos sobre la cuestión del cambio climático. El cuidado de nuestra casa común debe ser una preocupación de todos y no el objeto de una contraposición ideológica entre las diferentes visiones de la realidad, ni mucho menos

entre las generaciones» (Discurso a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede con motivo de las felicitaciones del Año Nuevo, 9 de enero de 2020).

Como lo confirma la experiencia escolar, una educación fructífera no depende fundamentalmente ni de la preparación del profesor ni de las competencias de los alumnos; depende más bien de la calidad de la relación que se establece entre ellos. Muchos estudiosos de la educación han subrayado que no es el profesor quien educa al alumno en una transmisión unidireccional, ni tampoco es el alumno quien construye por sí mismo su conocimiento, es más bien la relación entre ellos que educa a ambos en un intercambio dialógico que los presupone y al mismo tiempo los supera.

Este es, justamente, el sentido de poner en el centro a la persona que es relación.

Esto implica también hacerse cargo concretamente de las situaciones reales en las que se encuentran muchos niños y niñas en el mundo de hoy. De hecho, no podemos ignorar que el discurso sobre la centralidad de la persona en cada proceso educativo corre el riesgo de volverse sumamente abstracto si no estamos dispuestos a abrir los ojos a la situación real de pobreza, sufrimiento, explotación, negación de posibilidades, en la que se encuentra gran parte de la infancia del mundo y sobre todo si uno no está dispuesto a hacer algo. Como lo expresa el papa Francisco, es necesario actuar siempre conectados con la cabeza, el corazón y justamente las manos.

El mundo puede cambiar

Otro principio fundamental que hay que poner nuevamente en el centro de la agenda educativa es aquel por el cual se afirma que el mundo puede cambiar. Sin este principio, el deseo humano, especialmente el de los más jóvenes, se ve privado de la esperanza y de la energía necesarias para trascender, para dirigirse hacia el otro. Esta cuestión fue bien identificada en la *Caritas in veritate* de Benedicto XVI. De hecho, «a veces se perciben actitudes fatalistas ante la globalización, como si las dinámicas que la producen procedieran de fuerzas anónimas e impersonales o de estructuras independientes de la voluntad humana» (*Caritas in veritate*, n.o 42). En realidad, no es así, por ello los acontecimientos culturales, históricos y económicos que se producen a nuestro alrededor, por muy grandes que sean, no deben ser leídos como hechos indiscutibles, determinados por leyes absolutas.

Este es el mensaje que el papa Francisco quiso dar a los mismos jóvenes cuando, el 13 de enero de 2017, en ocasión de la publicación del Documento preparatorio del sínodo sobre los jóvenes, les envió una carta. Uno de los pasajes más conmovedores de esa carta es el siguiente: «En Cracovia, durante la apertura de la última Jornada Mundial de la Juventud, les pregunté varias veces: “Las cosas, ¿se pueden cambiar?”. Y ustedes exclamaron juntos a gran voz “sí”. Esa es una respuesta que nace de un corazón joven que no soporta la injusticia y no puede doblegarse a la cultura del descarte, ni ceder ante la globalización de la indiferencia.

¡Escuchen ese grito que viene de lo más íntimo!».

Hoy, esta última invitación se dirige a todos aquellos que tienen responsabilidades políticas, administrativas, religiosas y educativas: es el momento de escuchar el grito que surge del profundo del corazón de nuestros jóvenes. Es un grito de paz, un grito de justicia, un grito de fraternidad, un grito de indignación, un grito de responsabilidad y de compromiso para cambiar con respecto a todos los frutos perversos generados por la actual cultura del descarte.

Y es precisamente en la fuerza de este grito de los jóvenes –que encuentra cada vez más espacio en las numerosas manifestaciones que ellos dan vida– que todos, especialmente los que se dedican a la educación, deben encontrar la fuerza para alimentar esa revolución de la ternura que salvará nuestro mundo demasiado herido.

Emerge con toda su fuerza, por lo tanto, la exigencia de estimular la fascinación por el sano riesgo y de despertar la inquietud por la realidad. Atreverse a tal inquietud es arriesgarse a salir de sí mismo que implica «correr



el riesgo –como leemos en la *Evangelii gaudium*– del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo» (n.o 88). Solo de esta manera el deseo recupera el impulso y se convierte en protagonista de su propia existencia, educándose en estilos de vida conscientes y responsables. Precisamente utilizando bien el propio espacio de libertad se contribuye al crecimiento personal y comunitario: «no hay que pensar que esos esfuerzos no van a cambiar el mundo. Esas acciones derraman un bien en la sociedad que siempre producen frutos más allá de lo que se pueda constatar, porque provocan en el seno de esta tierra un bien que siempre tiende a difundirse, a veces invisiblemente» (*Laudato si'*, n.o 212).

LA MISIÓN

Educación y sociedad

En su Mensaje para el lanzamiento del Pacto Educativo –como ya se ha mencionado al principio– el papa Francisco subraya con fuerza la urgencia de construir una “aldea de la educación”, en donde comprometernos para crear una red de relaciones humanas y abiertas. Añadió también que tal empresa no será posible sin la activación, por parte de todos, de un triple coraje: en primer lugar, el coraje de poner a la persona en el centro; en segundo lugar, el coraje de invertir las mejores energías con creatividad y responsabilidad; en tercer y último lugar, el coraje de formar

personas dispuestas a ponerse al servicio de la comunidad.

Especificando el primer punto, es decir el coraje de poner en el centro a la persona, el papa Francisco se expresa así: «Para esto se requiere firmar un pacto que anime los procesos educativos formales e informales, que no pueden ignorar que todo en el mundo está íntimamente conectado y que se necesita encontrar –a partir de una sana antropología– otros modos de entender la economía, la política, el crecimiento y el progreso. En un itinerario de ecología integral, se debe poner en el centro el



Se requiere firmar un pacto que anime los procesos educativos formales e informales, que no pueden ignorar que todo en el mundo está íntimamente conectado y que se necesita encontrar –a partir de una sana antropología– otros modos de entender la economía, la política, el crecimiento y el progreso.



valor propio de cada criatura, en relación con las personas y con la realidad que la circunda, y se propone un estilo de vida que rechace la cultura del descarte» (Mensaje para el lanzamiento del Pacto Educativo).

Se comprende bien en este punto el vínculo profundo que existe entre la encíclica *Laudato sí* y la iniciativa del Pacto Educativo. Se trata de tomar conciencia con coraje, que la crisis ambiental y relacional que estamos viviendo puede ser afrontada dedicando atención a la educación de quienes mañana estarán llamados a custodiar la casa común.

La educación, «llamada a crear una “ciudadanía ecológica”» (*Laudato sí*, n.o 211), puede convertirse en un instrumento eficaz para construir, en una perspectiva a largo plazo, una sociedad más acogedora y atenta al cuidado de los demás y de la creación. Es decir, el compromiso educativo no solo se dirige a los beneficiarios directos, niños y jóvenes, sino que es un servicio a la sociedad en su conjunto que al educar se renueva.

Además, la atención educativa puede representar un importante punto de encuentro para reconstruir una trama de relaciones entre las diferentes instituciones y realidades sociales: para educar a un niño es necesario que dialoguen en función de un objetivo común la familia, la escuela, las religiones, las asociaciones y la sociedad civil en general. Partiendo de la urgencia formativa, por lo tanto, es posible contrastar la «silenciosa ruptura de los lazos de integración y de comunión social» (*Laudato sí*, n.o 46).

Podríamos decir que la educación puede ser comprendida nuevamente como un camino de formación de las generaciones más jóvenes y, al mismo tiempo, como una posibilidad de revisión y de renovación de toda una sociedad que, en el esfuerzo de transmitir lo mejor de sí misma a los más jóvenes, discierne su propio comportamiento y eventualmente lo mejora.

El mañana exige lo mejor de hoy

Según el papa Francisco, el segundo paso audaz hacia un nuevo pacto formativo consiste en tener la fuerza, como comunidad (eclesial, social, asociativa, política), para ofrecer a la educación las mejores energías disponibles. Es evidente que se trata de una decisión audaz porque cada decisión implica favorecer un aspecto para poner otro en segundo plano. ¿Cuántas realidades en la actualidad ponen lo mejor que tienen al servicio de los jóvenes?

Si se piensa en la mayoría de las sociedades actuales, se puede ver claramente cómo las fuerzas más creativas y proactivas se ponen al servicio de la producción y del mercado. Los mejores jóvenes graduados y las mentes más brillantes suelen trabajar en grandes empresas orientadas a las ganancias, no tanto a la búsqueda del bien común. Al mismo tiempo, el consumismo imperante requiere la ausencia, o solo la débil presencia, de personas formadas, con pensamiento crítico y un empuje relacional. La ideología consumista, de hecho, se alimenta del individualismo y de la incompetencia en la autogestión, porque es fuera de

la comunidad donde somos más frágiles y es en la incapacidad de la sobriedad que respondemos con docilidad a los estímulos propagandísticos.

Se necesita, entonces, el coraje de hacer un verdadero cambio radical de dirección: la inversión –dada la situación presentada– es urgente, porque solo a través de la educación podemos esperar de manera realista un cambio positivo en la planificación a largo plazo. Lo que será tiene que tener lo mejor de lo que hay ahora. Quien vendrá tiene derecho a tener lo mejor de quien está hoy.

Educar para servir, educar es servir

El tercer acto de coraje requerido por el papa Francisco es formar personas dispuestas a ponerse al servicio de la comunidad. Tal indicación, en verdad, pone en luz justamente un elemento verdaderamente decisivo en cada gesto educativo: ningún educador logra el pleno éxito de su acción educativa si no se compromete a formar y a configurar, en aquellos que le han sido confiados, una plena y verdadera responsabilidad al servicio de los demás, de todos los demás, de toda la comunidad humana, comenzando por los que presentan una mayor situación de fatiga y de desafío.

El verdadero servicio de la educación es la educación al servicio.

Por otra parte, la investigación educativa también reconoce siempre con mayor claridad la



dimensión central del servicio a los demás y a la comunidad como instrumento y como fin de la propia educación; pensemos, por ejemplo, en el gran desarrollo de la didáctica de Service Learning. Este tipo de investigación está mostrando cómo el servicio puede ser no solo una actividad educativa entre otras (la importancia del voluntariado en la formación de los jóvenes es bien reconocida), sino más radicalmente cómo puede convertirse en el método fundamental a través del cual todos los conocimientos y habilidades pueden ser transmitidos y adquiridos. Podemos señalar este proceso como un desarrollo desde una educación al servicio hacia una educación como servicio, según la cual el prójimo es tanto la vía como la meta del camino de la educación.

Dejemos, finalmente, una última palabra de reflexión a Hannah Arendt, que supo indicar de manera eficaz y sintética lo que está en juego en cada gesto educativo. Estas son sus palabras iluminadoras: «La educación es el momento que decide si amamos lo suficiente al mundo como para responsabilizarnos de él y salvarlo de la ruina, lo cual es inevitable sin renovación, sin la llegada de nuevos seres, de jóvenes. En la educación se decide también si amamos tanto a nuestros hijos al punto de no excluirlos de nuestro mundo, dejándolos a merced de sí mismos, al punto de no quitarles su oportunidad de emprender algo nuevo, algo impredecible para nosotros, y los preparamos para la tarea de renovar un mundo que será común a todos». (Tra passato e futuro, Garzanti, Turín 1999 [orig. 1961], 255). ■

5

DOCUMENTO SOBRE LA FRATERNIDAD HUMANA POR LA PAZ MUNDIAL Y LA CONVIVENCIA COMÚN

4 de febrero de 2019

PREFACIO

La fe lleva al creyente a ver en el otro a un hermano que debe sostener y amar. Por la fe en Dios, que ha creado el universo, las criaturas y todos los seres humanos —iguales por su misericordia—, el creyente está llamado a expresar esta fraternidad humana, protegiendo la creación y todo el universo y ayudando a todas las personas, especialmente a las más necesitadas y pobres.

Desde este valor trascendente, en distintos encuentros presididos por una atmósfera de fraternidad y amistad, hemos compartido las alegrías, las tristezas y los problemas del mundo contemporáneo, en el campo del progreso científico y técnico, de las conquistas terapéuticas, de la era digital, de los medios de comunicación de masas, de las comunicaciones; en el ámbito de la pobreza, de las guerras y de los padecimientos de muchos hermanos y herma-

nas de distintas partes del mundo, a causa de la carrera de armamento, de las injusticias sociales, de la corrupción, de las desigualdades, del degrado moral, del terrorismo, de la discriminación, del extremismo y de otros muchos motivos.

De estos diálogos fraternos y sinceros que hemos tenido, y del encuentro lleno de esperanza en un futuro luminoso para todos los seres humanos, ha nacido la idea de este «Documento sobre la *Fraternidad Humana*». Un documento pensado con sinceridad y seriedad para que sea una declaración común de una voluntad buena y leal, de modo que invite a todas las personas que llevan en el corazón la fe en Dios y la fe en la fraternidad humana a unirse y a trabajar juntas, para que sea una guía para las nuevas generaciones hacia una cultura de respeto recíproco, en la comprensión de la inmensa gracia divina que hace hermanos a todos los seres humanos.



“ El creyente está llamado a expresar esta fraternidad humana, protegiendo la creación y todo el universo y ayudando a todas las personas, especialmente a las más necesitadas y pobres

DOCUMENTO

En el nombre de Dios que ha creado todos los seres humanos iguales en los derechos, en los deberes y en la dignidad, y los ha llamado a convivir como hermanos entre ellos, para poblar la tierra y difundir en ella los valores del bien, la caridad y la paz.

En el nombre de la inocente alma humana que Dios ha prohibido matar, afirmando que quien mata a una persona es como si hubiese matado a toda la humanidad y quien salva a una es como si hubiese salvado a la humanidad entera.

En el nombre de los pobres, de los desdichados, de los necesitados y de los marginados que Dios ha ordenado socorrer como un deber requerido a todos los hombres y en modo particular a cada hombre acaudalado y acomodado.

En el nombre de los huérfanos, de las viudas, de los refugiados y de los exiliados de sus casas y de sus pueblos; de todas las víctimas de las guerras, las persecuciones y las injusticias; de los débiles, de cuantos viven en el miedo, de los prisioneros de guerra y de los torturados en cualquier parte del mundo, sin distinción alguna.

En el nombre de los pueblos que han perdido la seguridad, la paz y la convivencia común, siendo víctimas de la destrucción, de la ruina y de las guerras.

En nombre de la *fraternidad humana* que abraza a todos los hombres, los une y los hace iguales.

En el nombre de esta *fraternidad* golpeada por las políticas de integrismo y división y por los sistemas de ganancia insaciable y las tendencias ideológicas odiosas, que manipulan las acciones y los destinos de los hombres.

En el nombre de la libertad, que Dios ha dado a todos los seres humanos, creándolos libres y distinguiéndolos con ella.

En el nombre de la justicia y de la misericordia, fundamentos de la prosperidad y quicios de la fe.

En el nombre de todas las personas de buena voluntad, presentes en cada rincón de la Tierra.

En el nombre de Dios y de todo esto, Al-Azhar al-Sharif –con los musulmanes de Oriente y Occidente–, junto a la Iglesia católica –con los católicos de Oriente y Occidente–, declaran asumir la cultura del diálogo como camino; la colaboración común como conducta; el conocimiento recíproco como método y criterio.

Nosotros –creyentes en Dios, en el encuentro final con él y en su juicio–, desde nuestra responsabilidad religiosa y moral, y a través de este Documento, pedimos a nosotros mismos y a los líderes del mundo, a los artífices de la política internacional y de la economía mundial, comprometerse seriamente para difundir la cultura de la tolerancia, de la convivencia y de la paz; intervenir lo antes posible para parar el derramamiento de sangre inocente y poner fin a las guerras, a los conflictos, a la degradación ambiental y a



la decadencia cultural y moral que el mundo vive actualmente.

Nos dirigimos a los intelectuales, a los filósofos, a los hombres de religión, a los artistas, a los trabajadores de los medios de comunicación y a los hombres de cultura de cada parte del mundo, para que redescubran los valores de la paz, de la justicia, del bien, de la belleza, de la fraternidad humana y de la convivencia común, con vistas a confirmar la importancia de tales valores como ancla de salvación para todos y buscar difundirlos en todas partes.

Esta Declaración, partiendo de una reflexión profunda sobre nuestra realidad contemporánea, valorando sus éxitos y viviendo sus dolo-

El primer y más importante objetivo de las religiones es el de creer en Dios, honrarlo y llamar a todos los hombres a creer que este universo depende de un Dios que lo gobierna, es el Creador que nos ha plasmado con su sabiduría divina y nos ha concedido el don de la vida para conservarlo.

res, sus catástrofes y calamidades, cree firmemente que entre las causas más importantes de la crisis del mundo moderno están una conciencia humana anestesiada y un alejamiento de los valores religiosos, además del predominio del individualismo y de las filosofías materialistas que divinizan al hombre y ponen los valores mundanos y materiales en el lugar de los principios supremos y trascendentes.

Nosotros, aun reconociendo los pasos positivos que nuestra civilización moderna ha realizado en los campos de la ciencia, la tecnología, la medicina, la industria y del bienestar, en particular en los países desarrollados, subrayamos que, junto a tales progresos históricos, grandes y valiosos, se constata un deterioro de la ética, que condiciona la acción internacional, y un debilitamiento de los valores espirituales y del sentido de responsabilidad. Todo eso contribuye a que se difunda una sensación general de frustración, de soledad y de desesperación, llevando a muchos a caer o en la vorágine del extremismo ateo o agnóstico, o bien en el fundamentalismo religioso, en el extremismo o en el integrismo ciego, llevando así a otras personas a ceder a formas de dependencia y de autodestrucción individual y colectiva.

La historia afirma que el extremismo religioso y nacional y la intolerancia han producido en el mundo, tanto en Occidente como en Oriente, lo que podríamos llamarlos los signos de una «tercera guerra mundial a trozos», signos que, en diversas partes del mundo y en distintas condiciones trágicas, han comenzado a mostrar su rostro cruel; situaciones de las que no



se conoce con precisión cuántas víctimas, viudas y huérfanos hayan producido. Asimismo, hay otras zonas que se preparan a convertirse en escenario de nuevos conflictos, donde nacen focos de tensión y se acumulan armas y municiones, en una situación mundial dominada por la incertidumbre, la desilusión y el miedo al futuro y controlada por intereses económicos miopes.

También afirmamos que las fuertes crisis políticas, la injusticia y la falta de una distribución equitativa de los recursos naturales –de los que se beneficia solo una minoría de ricos, en detrimento de la mayoría de los pueblos de la Tierra– han causado, y continúan haciéndolo



lo, gran número de enfermos, necesitados y muertos, provocando crisis letales de las que son víctimas diversos países, no obstante las riquezas naturales y los recursos que caracterizan a las jóvenes generaciones. Con respecto a las crisis que llevan a la muerte a millones de niños, reducidos ya a esqueletos humanos –a causa de la pobreza y del hambre–, reina un silencio internacional inaceptable.

En este contexto, es evidente que la familia es esencial, como núcleo fundamental de la sociedad y de la humanidad, para engendrar hijos, criarlos, educarlos, ofrecerles una moral sólida y la protección familiar. Atacar la institución familiar, despreciándola o dudando de

la importancia de su rol, representa uno de los males más peligrosos de nuestra época.

Declaramos también la importancia de reavivar el sentido religioso y la necesidad de reanimarlo en los corazones de las nuevas generaciones, a través de la educación sana y la adhesión a los valores morales y a las enseñanzas religiosas adecuadas, para que se afronten las tendencias individualistas, egoístas, conflictivas, el radicalismo y el extremismo ciego en todas sus formas y manifestaciones.

El primer y más importante objetivo de las religiones es el de creer en Dios, honrarlo y llamar a todos los hombres a creer que este universo depende de un Dios que lo gobierna, es el Creador que nos ha plasmado con su sabiduría divina y nos ha concedido el don de la vida para conservarlo. Un don que nadie tiene el derecho de quitar, amenazar o manipular a su antojo, al contrario, todos deben proteger el don de la vida desde su inicio hasta su muerte natural. Por eso, condenamos todas las prácticas que amenazan la vida como los genocidios, los actos terroristas, las migraciones forzosas, el tráfico de órganos humanos, el aborto y la eutanasia, y las políticas que sostienen todo esto.

Además, declaramos –firmemente– que las religiones no incitan nunca a la guerra y no instan a sentimientos de odio, hostilidad, extremismo, ni invitan a la violencia o al derramamiento de sangre. Estas desgracias son fruto de la desviación de las enseñanzas religiosas, del uso político de las religiones y también de las



interpretaciones de grupos religiosos que han abusado –en algunas fases de la historia– de la influencia del sentimiento religioso en los corazones de los hombres para llevarlos a realizar algo que no tiene nada que ver con la verdad de la religión, para alcanzar fines políticos y económicos mundanos y miopes. Por esto, nosotros pedimos a todos que cese la instrumentalización de las religiones para incitar al odio, a la violencia, al extremismo o al fanatismo ciego y que se deje de usar el nombre de Dios para justificar actos de homicidio, exilio, terrorismo y opresión. Lo pedimos por nuestra fe común en Dios, que no ha creado a los hombres para que sean torturados o humillados en su vida y durante su existencia. En efecto, Dios, el Omnipotente, no necesita ser defendido por nadie y no desea que su nombre sea usado para aterrorizar a la gente.

Este Documento, siguiendo los *Documentos Internacionales* precedentes que han destacado la importancia del rol de las religiones en la construcción de la paz mundial, declara lo siguiente:

- La fuerte convicción de que las enseñanzas verdaderas de las religiones invitan a permanecer anclados en los valores de la paz; a sostener los valores del conocimiento recíproco, de la *fraternidad humana* y de la convivencia común; a restablecer la sabiduría, la justicia y la caridad y a despertar el sentido de la religiosidad entre los jóvenes, para defender a las nuevas generaciones del dominio del pensamiento materialista, del peligro de las políticas de la codicia de la ganancia insaciable y de la indiferencia, basadas en la ley de la fuerza y no en la fuerza de la ley.

- La libertad es un derecho de toda persona: todos disfrutan de la libertad de credo, de pensamiento, de expresión y de acción. El pluralismo y la diversidad de religión, color, sexo, raza y lengua son expresión de una sabia voluntad divina, con la que Dios creó a los seres humanos. Esta Sabiduría Divina es la fuente de la que proviene el derecho a la libertad de credo y a la libertad de ser diferente. Por esto se condena el hecho de que se obligue a la gente a adherir a una religión o cultura determinada, como también de que se imponga un estilo de civilización que los demás no aceptan.

- La justicia basada en la misericordia es el camino para lograr una vida digna a la que todo ser humano tiene derecho.

- El diálogo, la comprensión, la difusión de la cultura de la tolerancia, de la aceptación del otro y de la convivencia entre los seres humanos contribuirían notablemente a que se reduzcan muchos problemas económicos, sociales, políticos y ambientales que asedian a gran parte del género humano.

- El diálogo entre los creyentes significa encontrarse en el enorme espacio de los valores espirituales, humanos y sociales comunes, e invertirlo en la difusión de las virtudes morales más altas, pedidas por las religiones; significa también evitar las discusiones inútiles.

- La protección de lugares de culto –templos, iglesias y mezquitas– es un deber garantizado por las religiones, los valores humanos, las le-

yes y las convenciones internacionales. Cualquier intento de atacar los lugares de culto o amenazarlos con atentados, explosiones o demoliciones es una desviación de las enseñanzas de las religiones, como también una clara violación del derecho internacional.

- El terrorismo execrable que amenaza la seguridad de las personas, tanto en Oriente como en Occidente, tanto en el Norte como en el Sur, propagando el pánico, el terror y el pesimismo no es a causa de la religión –aun cuando los terroristas la utilizan–, sino de las interpretaciones equivocadas de los textos religiosos, políticas de hambre, pobreza, injusticia, opresión, arrogancia; por esto es necesario interrumpir el apoyo a los movimientos terroristas a través del suministro de dinero, armas, planes o justificaciones y también la cobertura de los medios, y considerar esto como crímenes internacionales que amenazan la seguridad y la paz mundiales. Tal terrorismo debe ser condenado en todas sus formas y manifestaciones.

- El concepto de *ciudadanía* se basa en la igualdad de derechos y deberes bajo cuya protección todos disfrutan de la justicia. Por esta razón, es necesario comprometernos para establecer en nuestra sociedad el concepto de *plena ciudadanía* y renunciar al uso discriminatorio de la palabra *minorías*, que trae consigo las semillas de sentirse aislado e inferior; prepara el terreno para la hostilidad y la discordia y quita los logros y los derechos religiosos y civiles de algunos ciudadanos al discriminarlos.

- La relación entre Occidente y Oriente es una necesidad mutua indiscutible, que no puede ser sustituida ni descuidada, de modo que ambos puedan enriquecerse mutuamente a través del intercambio y el diálogo de las culturas. El Occidente podría encontrar en la civilización del Oriente los remedios para algunas de sus enfermedades espirituales y religiosas causadas por la dominación del materialismo. Y el Oriente podría encontrar en la civilización del Occidente tantos elementos que pueden ayudarlo a salvarse de la debilidad, la división, el conflicto y el declive científico, técnico y cultural. Es importante prestar atención a las diferencias religiosas, culturales e históricas que son un componente esencial en la formación de la personalidad, la cultura y la civilización oriental; y es importante consolidar los derechos humanos generales y comunes, para ayudar a garantizar una vida digna para todos los hombres en Oriente y en Occidente, evitando el uso de políticas de doble medida.

- Es una necesidad indispensable reconocer el derecho de las mujeres a la educación, al trabajo y al ejercicio de sus derechos políticos. Además, se debe trabajar para liberarla de presiones históricas y sociales contrarias a los principios de la propia fe y dignidad. También es necesario protegerla de la explotación sexual y tratarla como una mercancía o un medio de placer o ganancia económica. Por esta razón, deben detenerse todas las prácticas inhumanas y las costumbres vulgares que humillan la dignidad de las mujeres y trabajar para cambiar las leyes que impiden

a las mujeres disfrutar plenamente de sus derechos.

- La protección de los derechos fundamentales de los niños a crecer en un entorno familiar, a la alimentación, a la educación y al cuidado es un deber de la familia y de la sociedad. Estos derechos deben garantizarse y protegerse para que no falten ni se nieguen a ningún niño en ninguna parte del mundo. Debe ser condenada cualquier práctica que viole la dignidad de los niños o sus derechos. También es importante estar alerta contra los peligros a los que están expuestos —especialmente en el ámbito digital—, y considerar como delito el tráfico de su inocencia y cualquier violación de su infancia.

- La protección de los derechos de los ancianos, de los débiles, los discapacitados y los oprimidos es una necesidad religiosa y social que debe garantizarse y protegerse a través de legislaciones rigurosas y la aplicación de las convenciones internacionales al respecto.

Con este fin, la Iglesia Católica y al-Azhar, a través de la cooperación conjunta, anuncian y prometen llevar este Documento a las autoridades, a los líderes influyentes, a los hombres de religión de todo el mundo, a las organizaciones regionales e internacionales competentes, a las organizaciones de la sociedad civil, a las instituciones religiosas y a los exponentes del pensamiento; y participar en la difusión de los principios de esta Declaración a todos los niveles regionales e internacionales, instándolo-



los a convertirlos en políticas, decisiones, textos legislativos, planes de estudio y materiales de comunicación.

Al-Azhar y la Iglesia católica piden que este Documento sea objeto de investigación y reflexión en todas las escuelas, universidades e institutos de educación y formación, para que se ayude a crear nuevas generaciones que traigan el bien y la paz, y defiendan en todas partes los derechos de los oprimidos y de los últimos.

En conclusión, deseamos que: esta Declaración sea una invitación a la reconciliación y a la fraternidad entre todos los creyentes, incluso entre creyentes y no creyentes, y entre todas las personas de buena voluntad; sea un

llamamiento a toda conciencia viva que repudia la violencia aberrante y el extremismo ciego; llamamiento a quien ama los valores de la tolerancia y la fraternidad, promovidos y alentados por las religiones; sea un testimonio de la grandeza de la fe en Dios que une los corazones divididos y eleva el espíritu humano; sea un símbolo del abrazo entre Oriente y Occidente, entre el Norte y el Sur y entre todos los que creen que Dios nos ha creado para conocernos, para cooperar entre nosotros y para vivir como hermanos que se aman.

Esto es lo que esperamos e intentamos realizar para alcanzar una paz universal que disfruten todas las personas en esta vida.

Abu Dabi, 4 de febrero de 2019. ■

6

APORTES DE LA ESCUELA CATÓLICA DE AMÉRICA AL PACTO EDUCATIVO GLOBAL

Por OSCAR ARMANDO PÉREZ SAYAGO
Secretario General CIEC


Artículo publicado en:
Ciudadanía Global. Un impulso
para la transformación de la
educación Católica.
Madrid, España: SM.

La cultura actual está atravesando distintas problemáticas que provocan una difundida “emergencia educativa”. Con esta expresión nos referimos a las dificultades de establecer relaciones educativas que, para ser auténticas, tienen que transmitir a las jóvenes generaciones valores y principios vitales, no solo para ayudar a cada persona a crecer y a madurar, sino también para concurrir en la construcción del bien común.

La educación católica, con sus numerosas instituciones educativas, ofrece una contribución relevante a la Iglesia en el proceso de renovación que nos propone el papa Francisco, con el objetivo de forjar en los niños, jóvenes y en la cultura, los valores antropológicos y éticos que son necesarios para edificar una sociedad solidaria y fraterna.

“La educación católica es uno de los desafíos más importantes para la Iglesia, comprometida en la nueva evangelización en medio de un contexto histórico y cultural en constante transformación”, afirmó el papa Francisco (2014). Pero la educación, en sí misma, es una realidad dinámica, un movimiento “orientado al desarrollo pleno de la persona en su dimensión individual y social”, que requiere un gran trabajo en equipo (Francisco, 2020). Para abordar este gran movimiento hace falta unir esfuerzos, y por eso el llamamiento del papa al Pacto Educativo Global, un gran movimiento para recomponer lo que llama *la aldea de la educación*:

“El objetivo de estar juntos no es desarrollar programas, sino encontrar el paso común «para reavivar el compromiso por y con las jó-



“ La educación, en sí misma, es una realidad dinámica, un movimiento “orientado al desarrollo pleno de la persona en su dimensión individual y social.

venes generaciones, renovando la pasión por una educación más abierta e incluyente, capaz de la escucha paciente, del diálogo constructivo y de la mutua comprensión». El pacto educativo no debe ser un simple ordenamiento, no debe ser un “recocido” de los positivimos que hemos recibido de una educación ilustrada. Debe ser revolucionario (*ibid.*).

En esta mirada amplia de la educación, la escuela católica de América está realizando aportaciones significativas al Pacto Educativo Global, que resumo a continuación:

Desde la escuela católica apostamos por una mejor educación

Para enfrentar creativamente el momento educativo actual, debemos desarrollar más y más nuestras capacidades, afinar nuestras herramientas, profundizar nuestros conocimientos. Reconstruir nuestro alicaído sistema educativo, desde el reducido o prominente lugar que nos haya tocado ocupar, implica capacitación, responsabilidad, profesionalismo. Nada se hace sin los recursos necesarios, y no solo los económicos, sino también los talentos humanos. La creatividad no es cosa de mediocres.



Pero tampoco de “iluminados” o “genios”: aunque siempre hacen falta los soñadores y los profetas, su palabra cae en el vacío sin constructores que conozcan su oficio.

Desde la escuela católica proponemos hacer de la escuela un lugar de acogida cordial

La orfandad contemporánea, en términos de discontinuidad, desarraigo y caída de las certezas principales que dan forma a la vida, nos desafía a hacer de nuestras escuelas una “casa”, un “hogar” donde las mujeres y los hombres, los niños y las niñas, puedan desarrollar su capacidad de vincular sus experiencias y de arraigarse en su suelo y en su historia personal y colectiva, y a su vez encuentren las herramientas y recursos que les permitan desarrollar su inteligencia, su voluntad y todas sus capacidades, a fin de poder alcanzar la estatura humana que están llamados a vivir.

La escuela puede ser un “lugar” (geográfico, en medio del barrio, pero también existencial, humano, interpersonal) en el cual se anuden raíces que permitan el desarrollo de las personas. Puede ser cobijo y hogar, suelo firme, ventana y horizonte a lo trascendente. Pero sabemos que la escuela no son las paredes, los pizarrones y los libros de registro: son las personas, principalmente los maestros. Son los maestros y educadores quienes tendrán que desarrollar su capacidad de afecto y entrega para crear estos espacios humanos. ¿Cómo desarrollar formas de contención afectiva en

tiempos de desconfianza? ¿Cómo recrear las relaciones humanas, cuando todos esperan del otro lo peor?

Hemos de encontrar, todos nosotros y cada uno, los caminos, gestos y acciones que nos permitan incluir a todos y ayudar al más débil, generar un clima de serena alegría y confianza y cuidar tanto la marcha del conjunto como el detalle de cada persona a nuestro cargo.

Desde la escuela católica hacemos de la escuela un lugar de sabiduría

La Escuela debe ser un lugar de sabiduría, como una especie de laboratorio existencial, ético y social, donde los niños y jóvenes puedan experimentar qué cosas les permiten desarrollarse en plenitud y construyan las habilidades necesarias para llevar adelante sus proyectos de vida.

Estamos frente a la urgencia inaplazable de formar para la contemplación y para la profundidad: estos dos valores son imprescindibles para dar el paso de los datos a la información y de la información al conocimiento, es decir, del mucho conocer a la sabiduría. En pocas palabras, formar el criterio, la capacidad de análisis, la posibilidad del pensamiento crítico, de la duda metódica, de tomarse el tiempo para ingerir información digerirla en la contemplación y la reflexión, y usarla para comprender el mundo y sus relaciones, y poder comunicarse con los otros con un pensamiento propio, reposado, y argumentado.

Educar para la paciencia, educar para la rumia mental, educar despacio, cocer a fuego lento; como invita a hacer Joan Domenech en el *Elogio de la educación lenta*: “La escuela de la lentitud es la escuela que da importancia a los aprendizajes hechos en profundidad y representa un modelo opuesto a la escuela centrada en pruebas y exámenes, y, sobre todo, rechaza aprender unos conocimientos que luego serán olvidados con la misma facilidad con que fueron aprendidos” (Domenech, 2009, 10).

Desde la escuela católica educamos con testimonio

La escuela debe ser un lugar donde maestros “sabios”, es decir, personas cuya cotidianidad y proyección encarnan un modelo de vida “deseable”, ofrezcan elementos y recursos que puedan ahorrarle, a los que empiezan el camino, algo del sufrimiento de hacerlo “desde cero” experimentando en la propia carne elecciones erróneas o destructivas.

Preocupémonos para que nuestros maestros, nuestros directivos, nuestros capellanes, nuestros administrativos, sean realmente buenos y serios en lo suyo. El espíritu es importante, pero también lo es la competencia profesional. No para caer en el mito de la “excelencia” en el sentido competitivo e insolidario en que a veces se presenta, sino para ofrecer a nuestra comunidad y a nuestros países lo mejor de nosotros, poniendo en juego a fondo nuestros talentos.

Desde la escuela católica educamos para la vida fraterna y comunitaria

Muchas instituciones promueven la formación de lobos, más que de hermanos; educan para la competencia y el éxito a costa de los otros, con apenas unas débiles normas de “ética”, sostenidas por paupérrimos comités que pretenden paliar la destructividad corrosiva de ciertas prácticas que “necesariamente” habrá que realizar. En muchas aulas se premia al fuerte y rápido y se desprecia al débil y lento. En muchas se alienta a ser el “número uno” en resultados, y no en compasión. Pues bien, nuestro aporte específicamente cristiano es una educación que testimonie y realice otra forma de ser humanos. Pero eso no será posible si nos limitamos simplemente a “aguantar” las “lluvias”, “torrentes” y “vientos”, si nos quedamos en la mera crítica y nos regodeamos en estar “afuera” de aquellos criterios que denunciamos. Otra humanidad posible... exige una acción positiva; si no, siempre va a ser “otra” meramente invocada, mientras “esta” sigue vigente y cada vez más instalada.

Desde la escuela católica educamos la inteligencia del corazón

La formación en la escuela debe comenzar insistiendo en la formación de la inteligencia del corazón de nuestros estudiantes.

Hemos insistido en la formación de la razón con normas y contenidos, llevando a nuestros niños y jóvenes a un enorme individualismo,



convirtiéndolos en muchas ocasiones en seres indiferentes, emocionalmente fríos e incommunicados a pesar de tanta tecnología. Educar la inteligencia del corazón es retomar en la vida cotidiana de la escuela alguna experiencia humana frecuente, como la alegría de un reencuentro, las desilusiones, el miedo a la soledad, la compasión por el dolor ajeno, la inseguridad ante el futuro, la preocupación por un ser querido, etc.

Desde la escuela católica formamos para una conciencia crítica

La escuela debe formar jóvenes libres y responsables, capaces de interrogarse, decidirse, acertar o equivocarse y seguir en camino, y no meras réplicas de nuestros propios aciertos..., o de nuestros errores. Y justamente para ello,

seamos capaces de hacerles ganar la confianza y seguridad que brota de la experiencia de la propia creatividad, de la propia capacidad, de la propia habilidad para llevar a la práctica hasta el final y exitosamente sus propias orientaciones.

Desde la escuela católica estamos atentos a los nuevos comportamientos de los niños y jóvenes

Vivimos un profundo cambio especialmente en los niños y jóvenes, los cuales tienen nuevas sensibilidades y están en búsqueda de nuevas experiencias.

Tenemos urgencia de valorar las nuevas maneras de pensar y sentir de nuestros estudiantes, para aprender a encontrarnos con ellos, pues



de lo contrario no solo nos verán débiles en nuestros propósitos, sino que nos verán perdidos y hasta desorientados.

Por esto es necesario una pedagogía del encuentro que nos permita dejar de ser guardaespaldas y más bien compañeros de camino.

Desde la escuela católica dialogamos con las pedagogías contemporáneas

Este diálogo, tan urgente como necesario, pasa por una posición siempre crítica que explora la potencialidad de los paradigmas con las condiciones reales en las que se plantean las propuestas. Si lo nuestro es hacer accesible la educación, promover los valores de la solidaridad,

la justicia, y la dignidad, construir personas y formar ciudadanos, luchar por la equidad y las oportunidades para todos, entonces estos diálogos con las pedagogías contemporáneas son condición *sine qua non* para remozar nuestras propuestas y plantear los proyectos contextualizados y que respondan a los más sentidos anhelos de los estudiantes, niños, jóvenes o adultos, como de las sociedades y grupos humanos donde llevamos nuestra propuesta. La educación católica no solo debe ser consistente teóricamente y coherente metodológicamente sino explícita en sus medios y en sus fines. La educación integral que tanto pregonan nuestros proyectos debe ser diáfana en sus objetivos, clara en sus definiciones, en sus fundamentos epistemológicos, en sus metodologías y coherente en las mediaciones pedagógicas.

Desde la escuela católica apostamos para dar frutos y resultados

La escuela se propone provocar en nuestros niños y jóvenes una transformación que dé frutos de libertad, autodeterminación y creatividad y –al mismo tiempo– se visualice en resultados en términos de habilidades y conocimientos realmente operativos. Nuestro objetivo no es formar islas de paz en medio de una sociedad desintegrada sino educar personas con capacidad de transformar esa sociedad. Entonces, “frutos” y “resultados”.

Desde la escuela católica construimos proyectos de pastoral educativa

Toda escuela católica debe promover el encuentro personal y comunitario con el proyecto de Jesús, en pro de la construcción del Reino de Dios en la escuela, mediante la valoración crítica de las culturas, el diálogo “fe-razón”, el impulso a una educación fundamentada en el evangelio y la formación de líderes comprometidos en la transformación de la sociedad.

Por esta razón, una escuela católica debe desarrollar dentro de su propuesta educativa una:

1. Espiritualidad y mística,
2. Pastoral infantil y juvenil,
3. Pastoral vocacional,
4. Pastoral para maestros,
5. Pastoral familiar,
6. Pastoral catequética,
7. Pastoral para egresados,

8. Pastoral para personal administrativo y de servicios,
9. Pastoral social,
10. Educación Religiosa Escolar –ERE,
11. Evangelización del currículo y
12. Divulgación y autosostenimiento.

Para finalizar retomo la invitación que nos hace el papa Francisco, a quienes trabajamos por la educación: “Educar es en sí mismo un acto de esperanza, no solo porque se educa para construir un futuro, apostando a él, sino porque el hecho mismo de educar está atravesado por ella” (2015).

BIBLIOGRAFÍA

Domenech, J. (2009). Elogio de la educación lenta, Barcelona, Graó.

Francisco, papa (2014). Discurso en la Plenaria de la Congregación para la Educación Católica, el 13 de febrero de 2014. Disponible en: http://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/february/documents/papa-francesco_20140213_congregazione-educazione-cattolica.html (Último acceso: 20 de febrero de 2020).

Francisco, papa (2015). *A los catequistas. ¡Salid, buscad, llamad!* Madrid, Romana Editorial.

Francisco, papa (2020). Discurso ante la asamblea plenaria de la Congregación para la educación católica, disponible en:

http://www.vatican.va/content/francesco/it/speeches/2020/february/documents/papa-francesco_20200220_congregazione-educazione-cattolica.html (Último acceso: 20 de febrero de 2020). ■

7

MOMENTO EXTRAORDINARIO DE ORACIÓN EN TIEMPOS DE EPIDEMIA

27 de marzo de 2020

Al atardecer» (Mc 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: “perecemos” (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino solo juntos.

Es fácil identificarnos con esta historia, lo difícil es entender la actitud de Jesús. Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, en la parte de la barca que primero se hunde. Y, ¿qué hace? A pesar del ajetreo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre —es la única vez en el Evangelio que Jesús aparece durmiendo—. Después de que lo despertaran y que calmara el viento y las aguas, se dirigió a los discípulos con un tono de reproche: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (v. 40).

Tratemos de entenderlo. ¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contraponen a la confianza de Jesús? Ellos no habían dejado de creer en Él; de hecho, lo invocaron. Pero veamos cómo lo invocan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (v. 38). *No te importa*: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. Entre nosotros, en nuestras familias, lo que más duele



“ La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades.

es cuando escuchamos decir: “¿Es que no te importo?”. Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a Él le importamos más que a nadie. De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados.

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, esta tarde tu Palabra nos interpela, se dirige a todos. En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Co-



diciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: “Despierta, Señor”.



La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe. Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: “Convertíos”, «volved a mí de todo corazón» (Jl 2,12). Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como *un momento de elección*. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás. Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada y plasmada en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes –corrientemente olvidadas– que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último *show* pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: «Que todos sean uno» (Jn 17,21). Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde

esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufrien-

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar.

do la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que solo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que



sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Queridos hermanos y hermanas: Desde este lugar, que narra la fe pétrea de Pedro, esta tarde me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de la Virgen, salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso.

Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, descienda sobre vosotros, como un abrazo consolador, la bendición de Dios. Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: «No tengáis miedo» (Mt 28,5). Y nosotros, junto con Pedro, “descargamos en ti todo nuestro agobio, porque Tú nos cuidas” (cf. 1P 5,7). ■

8

MENSAJE URBI ET ORBI DEL SANTO PADRE FRANCISCO PASCUA 2020

12 de abril de 2020

QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS: ¡FELIZ PASCUA!

Hoy resuena en todo el mundo el anuncio de la Iglesia: “¡Jesucristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!”.


Esta Buena Noticia se ha encendido como una llama nueva en la noche, en la noche de un mundo que enfrentaba ya desafíos cruciales y que ahora se encuentra abrumado por la pandemia, que somete a nuestra gran familia humana a una dura prueba. En esta noche resuena la voz de la Iglesia: «¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!» (Secuencia pascual).

Es otro “contagio”, que se transmite de corazón a corazón, porque todo corazón humano espera esta Buena Noticia. Es el contagio de la esperanza: «¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!». No se trata de una fórmula mágica que hace desaparecer los problemas. No,

no es eso la resurrección de Cristo, sino la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no “pasa por encima” del sufrimiento y la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien, signo distintivo del poder de Dios.

El Resucitado no es otro que el Crucificado. Lleva en su cuerpo glorioso las llagas indelebiles, heridas que se convierten en lumbreras de esperanza. A Él dirigimos nuestra mirada para que sane las heridas de la humanidad desolada.

Hoy pienso sobre todo en los que han sido afectados directamente por el coronavirus: los enfermos, los que han fallecido y las familias que lloran por la muerte de sus seres queridos, y que en algunos casos ni siquiera han podido darles el último adiós. Que el Señor de la vida acoja consigo en su reino a los difuntos, y dé consuelo y esperanza a quienes aún están

A black and white photograph of two hands held palm up, with a bright, glowing light emanating from the center between them. The light creates a starburst effect with rays radiating outwards. The hands are positioned in the center of the frame against a dark background. In the top right corner, there is a white rectangular box containing a quote in Spanish.

“ A Dios dirigimos nuestra mirada para que sane las heridas de la humanidad desolada.

atravesando la prueba, especialmente a los ancianos y a las personas que están solas. Que conceda su consolación y las gracias necesarias a quienes se encuentran en condiciones de particular vulnerabilidad, como también a quienes trabajan en los centros de salud, o viven en los cuarteles y en las cárceles. Para muchos es una Pascua de soledad, vivida en medio de los numerosos lutos y dificultades que está provocando la pandemia, desde los sufrimientos físicos hasta los problemas económicos.

Esta enfermedad no solo nos está privando de los afectos, sino también de la posibilidad de recurrir en persona al consuelo que brota de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y la Reconciliación. En muchos países no ha sido posible acercarse a ellos, pero el Señor no nos dejó solos. Permaneciendo unidos en la oración, estamos seguros de que Él nos cubre con su mano (cf. Sal 138,5), repitiéndonos con fuerza: «he resucitado y aún estoy contigo» (Antífona de ingreso de la Misa del día de Pascua, *Misal Romano*).





Que Jesús, nuestra Pascua, conceda fortaleza y esperanza a los médicos y a los enfermeros, que en todas partes ofrecen un testimonio de cuidado y amor al prójimo hasta la extenuación de sus fuerzas y, no pocas veces, hasta el sacrificio de su propia salud. A ellos, como también a quienes trabajan asiduamente para garantizar los servicios esenciales necesarios para la convivencia civil, a las fuerzas del orden y a los militares, que en muchos países han contribuido a mitigar las dificultades y sufrimientos de la población, se dirige nuestro recuerdo afectuoso y nuestra gratitud.

En estas semanas, la vida de millones de personas cambió repentinamente. Para muchos,

permanecer en casa ha sido una ocasión para reflexionar, para detener el frenético ritmo de vida, para estar con los seres queridos y disfrutar de su compañía. Pero también es para muchos un tiempo de preocupación por el futuro que se presenta incierto, por el trabajo que corre el riesgo de perderse y por las demás consecuencias que la crisis actual trae consigo. Animo a quienes tienen responsabilidades políticas a trabajar activamente en favor del bien común de los ciudadanos, proporcionando los medios e instrumentos necesarios para permitir que todos puedan tener una vida digna y favorecer, cuando las circunstancias lo permitan, la reanudación de las habituales actividades cotidianas.

Este no es el tiempo de la indiferencia, porque el mundo entero está sufriendo y tiene que estar unido para afrontar la pandemia. Que Jesús resucitado conceda esperanza a todos los pobres, a quienes viven en las periferias, a los prófugos y a los que no tienen un hogar. Que estos hermanos y hermanas más débiles, que habitan en las ciudades y periferias de cada rincón del mundo, no se sientan solos. Procuramos que no les falten los bienes de primera necesidad, más difíciles de conseguir ahora cuando muchos negocios están cerrados, como tampoco los medicamentos y, sobre todo, la posibilidad de una adecuada asistencia sanitaria. Considerando las circunstancias, se relajen además las sanciones internacionales de los países afectados, que les impiden ofrecer a los propios ciudadanos una ayuda adecuada, y se afronten –por parte de todos los países– las grandes necesidades del momento, reduciendo, o incluso condonando, la deuda que pesa en los presupuestos de aquellos más pobres.

Este no es el tiempo del egoísmo, porque el desafío que enfrentamos nos une a todos y no hace acepción de personas. Entre las numerosas zonas afectadas por el coronavirus, pienso especialmente en Europa. Después de la Segunda Guerra Mundial, este continente pudo resurgir gracias a un auténtico espíritu de solidaridad que le permitió superar las rivalidades del pasado. Es muy urgente, sobre todo en las circunstancias actuales, que esas rivalidades no recobren fuerza, sino que todos se reconozcan parte de una única familia y se sostengan mutuamente. Hoy, la Unión Europea se encuentra frente a un desafío histórico,

del que dependerá no solo su futuro, sino el del mundo entero. Que no pierda la ocasión para demostrar, una vez más, la solidaridad, incluso recurriendo a soluciones innovadoras. Es la única alternativa al egoísmo de los intereses particulares y a la tentación de volver al pasado, con el riesgo de poner a dura prueba la convivencia pacífica y el desarrollo de las próximas generaciones.

Este no es tiempo de la división. Que Cristo, nuestra paz, ilumine a quienes tienen responsabilidades en los conflictos, para que tengan la valentía de adherir al llamamiento por un alto el fuego global e inmediato en todos los rincones del mundo. No es este el momento para seguir fabricando y vendiendo armas, gastando elevadas sumas de dinero que podrían usarse para cuidar personas y salvar vidas. Que sea en cambio el tiempo para poner fin a la larga guerra que ha ensangrentado a la amada Siria, al conflicto en Yemen y a las tensiones en Irak, como también en el Líbano. Que este sea el tiempo en el que los israelíes y los palestinos reanuden el diálogo, y que encuentren una solución estable y duradera que les permita a ambos vivir en paz. Que acaben los sufrimientos de la población que vive en las regiones orientales de Ucrania. Que se terminen los ataques terroristas perpetrados contra tantas personas inocentes en varios países de África.

Este no es tiempo del olvido. Que la crisis que estamos afrontando no nos haga dejar de lado a tantas otras situaciones de emergencia que llevan consigo el sufrimiento de muchas personas. Que el Señor de la vida se muestre



cercano a las poblaciones de Asia y África que están atravesando graves crisis humanitarias, como en la Región de Cabo Delgado, en el norte de Mozambique. Que reconforte el corazón de tantas personas refugiadas y desplazadas a causa de guerras, sequías y carestías. Que proteja a los numerosos migrantes y refugiados –muchos de ellos son niños–, que viven en condiciones insoportables, especialmente en Libia y en la frontera entre Grecia y Turquía. Y no quiero olvidar de la isla de Lesbos. Que permita alcanzar soluciones prácticas e inmediatas en Venezuela, orientadas a facilitar la ayuda internacional a la población que sufre a causa de la grave coyuntura política, socioeconómica y sanitaria.

Queridos hermanos y hermanas

Las palabras que realmente queremos escuchar en este tiempo no son indiferencia, egoísmo, división y olvido. ¡Queremos suprimirlas para siempre! Esas palabras pareciera que prevalecen cuando en nosotros triunfa el miedo y la muerte; es decir, cuando no dejamos que sea el Señor Jesús quien triunfe en nuestro corazón y en nuestra vida. Que Él, que ya venció la muerte abriéndonos el camino de la salvación eterna, disipe las tinieblas de nuestra pobre humanidad y nos introduzca en su día glorioso que no conoce ocaso.

Con estas reflexiones, os deseo a todos una feliz Pascua. ■

9

LA PANDEMIA HACE MÁS URGENTE UN PACTO EDUCATIVO GLOBAL CONGREGACIÓN DE EDUCACIÓN CATÓLICA

La Congregación para la Educación Católica renueva su cercanía y expresa su profundo reconocimiento a las comunidades educativas de las instituciones escolásticas y universitarias católicas, que en este período de emergencia sanitaria están gestionando el grande esfuerzo para asegurar —a pesar de las dificultades de distanciamiento social— la realización de sus actividades escolásticas y académicas para garantizar la continuidad y la conclusión del año en curso.

El 14 de mayo se tendría que haber celebrado el Pacto Educativo Mundial, deseado por el papa Francisco para tomar conciencia de la responsabilidad que todos tenemos con respecto a la educación, a fin de alimentar el espíritu de encuentro entre las generaciones, las religiones y las culturas, así como entre el hombre y el medioambiente.

La tragedia común de la pandemia, que une como nunca antes a todos los pueblos de la Tierra, hace que este llamamiento sea aún más conmemorativo. Por lo tanto, no hay una solución alternativa: todos estamos llamados a «unir los esfuerzos por una alianza educativa amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna (papa Francisco, *Mensaje para el lanzamiento del Pacto Educativo*, 12 de septiembre de 2019).

La propuesta del Comité Superior de Fraternidad Humana de dedicar el 14 de mayo a la oración, el ayuno y las obras de caridad para ayudar a la humanidad a superar la pandemia del coronavirus, a la que se ha unido el papa Francisco, es plenamente acogida por las instituciones educativas que se unen para hacer de esta ocasión una etapa en la que podamos



La tragedia común de la pandemia, que une como nunca antes a todos los pueblos de la Tierra, hace que este llamamiento sea aún más conmemorativo.

encomendarnos a Dios, Padre de todos, fuente de vida y esperanza. De la mirada dirigida al único Señor nos viene el valor de desarrollar, también a través de la educación, ese movimiento de unidad y solidaridad entre las personas, las religiones y las culturas, que podrá generar una humanidad renovada.

En la firme voluntad de ponernos al servicio de nuestras comunidades, caminamos juntos por los senderos del diálogo y la comprensión. Al compartir, respetar y acoger a los demás, una nueva humanidad cuidará no solo de sus hijos sino también de la naturaleza que la rodea y de cuya maravilla se alimenta. Al evocar este llamamiento lleno de esperanza, es motivo de alegría recordar que mantendremos el contacto a través de un momento telemático de profundización del Pacto Educativo Mundial el próximo 15 de octubre de 2020 con modo remoto y enlaces de todo el mundo. ■

Las ideas expresadas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Los artículos pueden ser enviados en portugués, francés o inglés. La dirección de la revista se hace responsable de la traducción o su respectiva publicación en versión original.

EDUCACIÓN HOY recoge y disemina un pensamiento educativo no excluyente y procura una aproximación anticipatoria de fenómenos y escenarios para rutas de viaje. Nuestra publicación será inacabada porque siempre habrá nuevas situaciones, posibilidades nuevas y nuevos intentos de solución.

Si desea participar activamente como escritor, sugerir temas o hacer propuestas, puede dirigirse a: asistente@ciec.edu.co

EDUCACIÓN HOY collects and disseminates educational thinking inclusive and seeks a proactive approach to phenomena and scenarios for travel routes. Our publication will always be incomplete because there will always be new situations, new possibilities and new attempts at solution.

To participate actively as a writer, suggest topics or make suggestions, please contact: asistente@ciec.edu.co

EDUCACIÓN HOY recueille et diffuse la pensée pédagogique inclusive et cherche une approche proactive à des phénomènes et des scénarios pour les itinéraires de voyage. Notre publication sera toujours incomplète, car il y aura toujours des situations nouvelles, de nouvelles possibilités et de nouvelles tentatives de solution.

Pour participer activement en tant qu'écrivain, proposer des sujets ou faire des suggestions, s'il vous plaît contacter: asistente@ciec.edu.co

EDUCACIÓN HOY reúne e divulga inclusive pensamento educacional e procura uma abordagem pró-ativa aos fenômenos e cenários para rotas de viagem. Nossa publicação será sempre incompleta porque novas situações, novas possibilidades e novas tentativas de solução.

Para participar ativamente como escritor, sugerir temas ou fazer sugestões, entre em contato: asistente@ciec.edu.co

TARIFAS 2019	COLOMBIA	AMÉRICA	EUROPA
SUSCRIPCIÓN ANUAL	\$ 85.000	US \$ 55	US \$ 75
NÚMERO SUELTO	\$ 25.000	US \$ 15	US \$ 20

CIEC

CONFEDERACIÓN INTERAMERICANA
DE EDUCACIÓN CATÓLICA



75 AÑOS

7 de junio de 1945 - 7 junio 2020

AL SERVICIO DE LA ESCUELA CATÓLICA DE AMÉRICA

www.ciec.edu.co

